

JULIA UCEDA
VIEJAS VOCES
SECRETAS

ANTOLOGÍA POÉTICA
(1959-2013)



SELECCIÓN E INTRODUCCIÓN
IGNACIO F. GARMENDIA

JULIA UCEDA
VIEJAS VOCES SECRETAS
ANTOLOGÍA POÉTICA
(1959-2013)

SELECCIÓN E INTRODUCCIÓN
IGNACIO F. GARMENDIA


UNA ANTOLOGÍA COMPROMETIDA

Primera edición: 2.000 ejemplares

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA. CONSEJERÍA DE CULTURA

© De la edición: JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE CULTURA

© De la selección y el prólogo: Ignacio F. Garmendia

© Del texto: Julia Uceda
Fundación José Manuel Lara  Fundación José Manuel Lara
Editorial Pre-Textos

Dibujo de la portada: J. de Lapuente

ISBN: 978-84-9959-239-8
Depósito Legal: SE 513-2017
Imprime: Tecnographic, S.L.

Con la designación de Julia Uceda como Autora del Año en Andalucía, desde la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía queremos reivindicar su labor como creadora de una obra prolífica que merece ser reconocida. Considerándose ella misma como miembro de la Generación del 50, desde 1959 ha publicado diez poemarios en los que indaga acerca del ser humano y de la sociedad en la que vive. Es autora de una obra en la que los críticos y lectores detectan la presencia constante e inconfundible de un estilo particular, pero también la huella de otros numerosos creadores que suman riqueza a sus versos.

Julia Uceda es sevillana de nacimiento y de formación. En la capital hispalense estudió su licenciatura de Filosofía y Letras y obtuvo el título de doctora. Pero hay que destacar su proyección internacional, alcanzada no sólo en el ámbito personal, por haber residido en Irlanda y en Estados Unidos, adonde se marchó buscando nuevos horizontes para su vida y la libertad y oportunidades que España negaba entonces, sino porque, además, su obra ha sido traducida a varios idiomas como el inglés, el francés, el chino y el hebreo.

La lectura de esta antología muestra de manera inequívoca que el *Compromiso* es la seña de identidad de su obra: *compromiso* con el lenguaje, con el ser humano, con la sociedad.

Detectamos su *compromiso* con el lenguaje cuando reconoce las dificultades de encontrar la palabra justa que exprese nuestros sentimientos, cuando habla del lenguaje propio en el que cada poeta elabora su obra. Y es que incluso la naturaleza, para Julia Uceda, tiene un lenguaje característico, al que se refiere en los títulos de sus dos últimos poemarios: *Hablando con un haya* (2010) y *Escritos en la corteza de los árboles* (2013).

Precisamente, es en la introducción de esta última obra donde nos encontramos recogido de forma más expresa su *compromiso* con el ser humano. La constante búsqueda de respuestas caracteriza una poesía existencialista unida a la cotidianidad más personal y cosida al mundo onírico que constituye parte inherente de nuestras vidas.

El *compromiso* con la sociedad, tan necesario en estos tiempos, también ha sido una constante, porque para Julia Uceda, aunque los problemas sean los mismos, hay que tratar de encontrar una respuesta de acuerdo con el tiempo en el que se vive.

Y dentro de ese compromiso con la sociedad, debemos subrayar la reivindicación de la igualdad entre mujeres y hombres. Julia Uceda ha sido la primera mujer en obtener el Premio Nacional de Poesía en 2003 con *En el viento, hacia el mar*, la recopilación de su obra completa hasta la fecha. Y desde esa posición de precursora, aprovecha para denunciar el injusto desconocimiento al que han sido y son condenadas otras creadoras por su condición de mujer.

Desde la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía queremos contribuir, en esta ocasión de la mano de Julia Uceda, Hija Predilecta de nuestra comunidad, a reivindicar a la mujer en todos los ámbitos de la vida cultural. Estamos convencidos de que haciéndolo, ayudamos a la construcción de una sociedad más justa y de un futuro mejor para Andalucía.

ROSA AGUILAR RIVERO

Consejera de Cultura
Junta de Andalucía

LO INEFABLE

Introducción

LO INEFABLE

IGNACIO F. GARMENDIA

Es conocida y por lo demás completamente razonable la reclamación de quienes vienen proponiendo desde hace décadas una ampliación del canon que ha reducido a los autores del medio siglo a un grupo de poetas amigos o más o menos allegados, dejando fuera a muchos otros coetáneos que en el caso de los nacidos en Andalucía suman nombres muy valiosos y no siempre bien apreciados, cuando no abiertamente desconocidos, por la crítica más rutinaria. El caso de Julia Uceda, sin embargo, que publicó su primer libro de poemas a finales de los cincuenta, representa una excepción por varias razones. En primer lugar porque la poeta sevillana ha recibido en los últimos años, desde la publicación de su obra reunida en 2003, reconocimientos tan importantes como el Premio Nacional de Poesía —fue, conviene recordarlo, la primera mujer en obtener esa distinción desde la restauración de la democracia— o el de la Crítica y figura hoy, con absoluta justicia, entre los autores españoles más prestigiosos del género. También, si hablamos del Mediodía, porque la obra de Julia Uceda no se inscribe en la «tradición andaluza» ni parece inspirada por una trayectoria que la religue de un modo especial —no más que a cualquier poeta de cualquier lugar del mundo— a los paisajes de origen de los que hace mucho que vive alejada. Y sobre todo porque su poesía, que no se parece a la de nadie, puede definirse sin necesidad de criterios geográficos o generacionales como una de las aventuras más singulares de la segunda mitad del siglo XX, precisando que la autora sigue felizmente en activo y ha dado a conocer tres excelentes poemarios en lo que llevamos de siglo XXI.

Hay en el itinerario que proponen los diez libros de poemas publicados por Julia Uceda —cinco décadas y media desde *Mariposa en cenizas* (1959) hasta *Escritos en la corteza de los árboles* (2013)— una natural evolución, pero hay asimismo, ya visible en las primeras entregas donde todavía no se ha forjado del todo su decir característico, una continuidad representada por temas recurrentes que pueden cifrarse en una palabra clave, *extrañeza*, fundamental en su vocabulario. Extrañeza del sujeto poético —a veces nombrado expresamente, Julia o Julia Uceda, otras representado por el genérico «ella»— respecto de su propia identidad, también respecto de la

sociedad en la que se desenvuelve o más aún respecto del mundo o el tiempo que habita y por último —cada vez más acusadamente, hasta constituirse en el verdadero núcleo de su obra más reciente, que proyecta sobre la anterior una luz retrospectiva— respecto del lenguaje cuyas limitaciones no pueden expresar en toda su complejidad las vivencias o las intuiciones que pertenecen al terreno de lo indecible. Dicho sentimiento, que se traduce en una mirada peculiar y da pie a una suerte de *filosofía* poética, se muestra vinculado a planteamientos existencialistas —Heidegger o Camus, sobre todo al comienzo, han sido referentes mayores en ese itinerario— que atraviesan toda su obra, pero no es el de Julia Uceda, como el de ningún poeta genuino, mero pensamiento en verso, y de hecho la veta que llamaríamos metafísica convive en su poesía —en ello radica una de las causas de su profunda originalidad, que se extiende a su forma de abordar los temas *históricos*— con otra fuertemente irracionalista.

Ahora bien, la presencia de lo onírico, que es constante en la obra de una autora para la que los sueños —los sueños *reales*, no las ensoñaciones líricas inspiradas por el modernismo— son otra forma de comunicación o de conocimiento, remite menos a la estirpe surrealista —de la que también participa hasta cierto punto, no hay más que recordar la definición que Octavio Paz hizo de la tarea de André Breton como búsqueda o «reconquista de un reino perdido: la palabra del principio, el hombre anterior a los hombres y las civilizaciones»— que al pensamiento simbólico y en particular a las ideas de Jung sobre el inconsciente colectivo, que convierten las imágenes primordiales o los motivos o los episodios de la mitología en arquetipos y dotan a sus perfiles de significados universales, válidos para todas las culturas y perdurables más allá del contexto histórico —no sólo hacia delante, sino también hacia atrás, dado que al margen de su formulación definitiva el repertorio mítico se remonta siempre a la noche de los tiempos— en el que fueron alumbrados. El sueño se configura así como una realidad paralela o alternativa no tanto en el sentido mágico que le conceden quienes le atribuyen propiedades adivinatorias, como en el no menos revelador de quienes postulan que lo ahí entrevisto y luego recordado, aunque sea de modo nebuloso, nos pone en contacto con una instancia que nos trasciende y de alguna manera nos explica.

Existe, como sostienen los estudiosos de la biología moderna y ha argumentado la propia autora, una «memoria genética» que recoge la herencia no directa de los ascendientes, transmitida a través de generaciones

incontables de una manera quizá incomprensible o no del todo racional, pero vagamente apreciable cuando se manifiesta —por ejemplo en los sueños o en determinados estados que calificaríamos de visionarios— en forma de reminiscencias. Puede que sea esa memoria la que explique la profunda emoción que sentimos cuando nos internamos en el bosque —no por casualidad, un espacio familiar en la poesía de Julia Uceda, que siente predilección por los árboles y gusta de convocarlos en tanto que testigos mudos o casi hermanos, quién sabe si conscientes— y experimentamos esa rara comunión que nos retrotrae a edades muy remotas. El poeta, la poeta es, nuevamente aquí de acuerdo con el imaginario de los surrealistas o de notorios predecesores como William Blake o en otro sentido el niño Rimbaud, un *vidente* que tiene la facultad extraordinaria de contemplar —o también de oír, no siempre de interpretar— cosas que no son de este mundo o lo fueron pero ya no están o no llegaron a ser —el estado preauroral de lo no nacido— aunque de hecho viven o perviven, en una dimensión ignota —una *zona desconocida*— que pese a estar más allá del tiempo emite o irradia señales reveladoras.

De modo tal vez indeliberado en los inicios, los libros de Julia Uceda han ido ahondando en esta *visión* y pueden leerse —hay por supuesto otras líneas discursivas, que a veces confluyen— como una serie de asedios al enigma primordial de la humanidad, que en el fondo no se diferenciaba ni se diferencia del resto de los seres vivos salvo por la capacidad de la llamada especie elegida —a partir de un cierto momento— para formular su experiencia con palabras. Las palabras, en efecto, el lenguaje o la necesidad de comunicación, ocupan, de este modo, el centro de una poética que explora —la indagación, la búsqueda a través de caminos no hollados es lo que mejor puede definirla— los obstáculos o las insuficiencias de ese deseo de comunicación —de entender o ser entendido— y sugiere que los contornos de nuestro mundo, aunque puedan ser minuciosamente descritos —así ocurre en esta poesía, que los reproduce con todo detalle—, no están tan delimitados ni son tan precisos como podría parecer a primera vista; que la experiencia humana no se reduce a una vida y que una parte importante de aquella, precisamente la que trasciende los datos inmediatos de la conciencia, precisamente la que nos conecta con quienes nos precedieron o sucederán, pertenece al vasto territorio de lo inefable.

Ya en su primer libro, *Mariposa en cenizas*, aún apegado a los esquemas métricos tradicionales y con un tratamiento muy personal de la materia

amorosa, alternada con los tonos existenciales o fundida con ellos de un modo que se antoja inseparable, encontramos referencias a los «bosques virginales» («El encuentro»), a una voz «impalpable, huidiza, arrolladora, / lejanísimamente mía» que viene «de más allá» («Su voz»), a «extrañas palabras olvidadas» y a la espera «al borde del silencio» («Cuatro»), a los «vagos caminos de la noche» o al vacío de «un mundo no creado» («El regreso»). Impresiona ver en lo que son todavía alusiones puntuales el germen de toda una cosmovisión —término empleado aquí con absoluta propiedad— que no será desarrollada sino más adelante, aunque en los libros inmediatamente posteriores, donde la poeta va acuñando esa dicción tan característica, densa, hermética, en ocasiones áspera y siempre extremadamente rigurosa, se multiplican los signos que prefiguran las coordenadas de lo que más tarde llamará el «mapa de las sombras».

Los trazos de ese mapa adquieren nitidez en un poema fundamental como es «Viejas voces secretas de la noche», recogido en el libro homónimo, donde la autora proclama su deseo de «oír, tratar de oír, de sorprender, mejor, las voces / que parecen de fuera y son de dentro», voces que «murmuran tras la puerta, / tras la piedra» y transmiten un sonido que «llega de muy lejos». Hay ya la idea de la poeta como una especie de *medium*, a través de la cual se manifiestan presencias que permanecen en la oscuridad, aunque la perspectiva desde la que se sitúa Julia Uceda no es propiamente esotérica o lo es de una forma que no tiene que ver con los sortilegios o las hechicerías. Estas «viejas voces» reaparecerán en todos los libros de la última etapa y tienen un protagonismo especial en el más reciente, pero ya antes, tras la citada entrega inaugural, abundan los presagios que admiten, por más que puedan referirse a otros contextos, una lectura en la misma línea. «Descender por sonidos / que antes nadie escuchara», leemos en «Extraña juventud». «No sé si son palabras o sueños lo que llevo», declara el sujeto de «Diáspora». «Has buscado una voz por donde había / viejos mitos desiertos», se dice la autora de «La trampa», aquí identificada como «Julia Uceda» —«¿Quién eres?», se pregunta en «El secreto»— y aplicada a la tarea de *denominar* «a todo lo que pase y se borre y se pierda».

«Y su voz venía / del país de las sombras» («Diálogo»), el «extraño país» («Condenada al silencio») que remite en parte a un exilio concreto, pero también a una geografía no exactamente física para la que no son pertinentes las categorías del tiempo o el espacio, pues estas desconocen («Noroeste») los saltos o los huecos del vacío *innombrable* —no el que aparece mencionado

en el *Diccionario*, sino «el real, el otro, el sin palabras»—. El enigma, eterno, omnipresente, se esconde no sólo en los sueños, que tienen su propio *tempo*, sino también en la realidad cotidiana —lo natural es o puede ser misterioso— y se presenta en forma de *fragmentos* o vislumbres que muestran «los signos / de un idioma remoto» («Nada se oye») ante el que la autora, desplazada o desdoblada —como en «Cumpleaños»—, se siente una «extranjera en los viejos / lugares» («Mariposa fugaz»). La imagen de la poeta sentada en la piedra es «sombra que fue otras sombras» («Profundo mar azul») y apenas deja ver, en un «espacio único cruzado / por estrellas errantes», el «origen / perdido». La memoria lo abarca todo —«Recordar no es siempre regresar a lo que ha sido»— y el pasado comprende los «años anteriores a mí, que no he vivido» («El tiempo me recuerda»). Hay «árboles que no se sabe si son de ayer / o de nunca» («Epitafio para un desconocido») o es acaso que duermen en los «países nocturnos» del sueño («Miro el árbol dormido...»). El ahora, presidido por las «sombras ancestrales», contiene también el futuro («Libertad de la luz») y reúne todo el arco en un «día inacabable» donde, ampliado el campo de la mirada en un radio virtualmente infinito, ya ni siquiera serán precisas las palabras: «¿para qué llamar nada a nada?».

De lo dicho hasta ahora podría deducirse que la de Julia Uceda es una poesía alejada del presente o de la historia, lo cual no sólo sería errado sino que implicaría pasar por alto que la autora ha escrito algunos de los poemas civiles más críticos y genuinamente *comprometidos* —con el hombre o con el humanismo, no con las ideologías ni menos aún con las doctrinas— de las últimas décadas, por ello perdurables frente a tantos otros que tal vez fueran celebrados en su momento pero parecen hoy meros ejercicios instrumentales, fatalmente envejecidos o caracterizados por una retórica postiza que ha acabado por convertirlos en *productos* de época. La veta *social*, por así llamarla, de Julia Uceda, se distingue por un tratamiento muy estilizado que rehúye la obviedad y desde luego la grandilocuencia, aunque también —presente asimismo desde los inicios— ha evolucionado desde una formulación donde se mezclaban la angustia existencial y el malestar específico por la situación española —aludida casi siempre de manera indirecta, pero clara e inequívoca— hasta una denuncia general de la injusticia, la guerra y los horrores de nuestro tiempo.

La orientación que toma ese compromiso apunta desde el principio a la compasión o a la solidaridad con los perseguidos o los condenados («El acusado» o «Elegía sobre el tiempo»), donde aborda el problema de la culpa

colectiva), pero también a la odiosa censura de las ideas —«Un aire de silencio nos vela la palabra» («Querido hermano») — que se contraponen con el «ansia de palabras prohibidas» («Diáspora»), al necesario ejercicio de la responsabilidad —«nadie... nadie... puede hacerlo por ti», le dice Cronos a la agonista en «Anánke» — que como señalaron Sartre y los existencialistas deja a quienes lo asumen a la *intemperie*, a una reivindicación «sin mucha esperanza» de la libertad o la autonomía femenina —o de ambas cosas, como en el emocionado homenaje «A Edith Piaf»—, a la memoria de los «vencidos anónimos» o la refutación del tirano innominado en el demoledor «Epitafio para un desconocido». No deja la autora de mostrar su distancia —no sólo espacial, no sólo referida a la realidad contemporánea— hacia un país envilecido, como en el impresionante «España, eres un largo invierno», pero con el final de la interminable dictadura se diría que sus incursiones en este terreno tienden a dejar atrás el marco referencial propio —al que por lo demás se ha reincorporado entonces tras sus estancias en el extranjero— para abrirse a una impugación de dimensiones universales.

Leemos así poemas verdaderamente memorables como «Del olor del humo», con sus alusiones —no hay batallas gloriosas— a Normandía o Hiroshima; o el irónico y terrible «Palabras para cantar alrededor de un templo vacío», que pone rostro a las víctimas de la guerra de Irak y relaciona el solar de la antigua Mesopotamia —génesis y aniquilación— con los escombros del «Edén destruido»; o «Regresa el pálido caballo», donde se retoma la tragedia española —los sucesos de Casas Viejas, famosamente contados por su amigo Sender— ahora en clave de farsa, para denunciar la banalidad que profana o prostituye la memoria de los muertos. Dichos poemas, siempre en una línea que no tiene nada de enunciativa, son cargas frontales, pero hay otros donde la intención, menos visible o combinada con otras, participa de la misma inquietud ética, así el delicadísimo tributo a Pete Seeger —con la Shoah de fondo— en «El hombre que cuida el río Hudson» o la serie de cinco movimientos recogida en «Álbum», un complejo y espléndido poema donde la libre asociación mezcla la invasión napoleónica de Rusia, un retrato de Nietzsche pintado por Munch, la renuncia a la condición divina del emperador japonés derrotado en la Segunda Guerra Mundial y la figura tutelar del autor de *La peste*.

En lo que se refiere a la espiritualidad, a medida que la poeta ha ido conociendo otros sistemas de creencias, o mitologías ajenas a los repertorios más difundidos en Occidente, la desconfianza un tanto *ingenua* hacia el

Dios autoritario e implacable o simplemente indiferente de la tradición bíblica, invocado —*discutido*, ha matizado ella— con cierta frecuencia en los primeros libros, pero también, por ejemplo, en el mencionado poema de la guerra de Irak, donde se juzga muy severamente su *paciencia* frente al dolor de los mortales, ha ido dejando paso a una forma de *religiosidad* no instituida que se desentiende del conflicto entre la fe y la razón, pasa por alto las presuntas verdades reveladas y busca, desde una posición próxima a la sensibilidad pagana, la intuida conexión con lo primigenio. El afán de trascendencia —que lo hay— no tiene ahora que ver con una divinidad invasiva o impasible, sino con la atribución de un carácter *sagrado* a la vida o incluso a los elementos inanimados, hermanados con las criaturas en el ámbito común de la naturaleza. No es ya el ser para la muerte, puesto que nada ni nadie, como en el hermoso verso de Horacio, muere del todo y en cualquier caso los destinos individuales forman parte de un flujo ininterrumpido —visible a la *luz*, que es palabra asimismo principal en el imaginario de Julia Uceda, asociada a una revelación de raíz casi mística— en el que lo pasado y lo porvenir se dan la mano.

El poema en prosa «Cuadros de interior», publicado por primera vez en volumen en la citada Obra reunida de 2003, puede ser leído como una poética que ilumina la serie de libros abierta por *Del camino de humo* cuyo recorrido se cierra, de momento, con *Escritos en la corteza de los árboles*, donde como se ha dicho toman forma expresa las visiones que hasta entonces habían aparecido de modo episódico o embrionario. «Hay un mundo —leemos al comienzo—, un espacio, no sé si un tiempo, fuera del tiempo, del espacio, tal vez del mundo», y es ese mundo fuera del mundo —protegido por el silencio, aquí personificado, que indica a la autora que no piense «lo que no quiere ser pensado ni reducido a palabra»— el objeto de la permanente inquisición de la poeta, que se apoya en los sueños —en los que no hay sonidos— para captar los «ecos ya confusos de un tiempo sin espacio» o a la inversa: «¿Dónde están los espacios de lo que ya no es tiempo?». Los hombres han olvidado el lenguaje de los vientos o de la lluvia, que como decía Borges y dice Julia Uceda sucede siempre en el pasado. Las lenguas, la historia, casi han borrado el rastro. El *secreto* primordial, del que no obstante quedan pistas, ha sido «encarcelado por la palabra». Saber, como sospecharon los griegos, no es sino recordar.

«Busco / lo que quiere ser dicho de nuevo y espera, y / debe ser resucitado» («Busco señales en la piedra»), tal es la misión, asumida casi como un

imperativo, que se ha impuesto la poeta. Pueden ser «nombres fugaces, las palabras / de una antigua canción» («Profundo como los ríos») o «voces confundidas» («Orden del sueño») a las que este, «acaso eco de otro sueño», confiere lucidez o una rara clarividencia. Hay un «espacio en que dialogan / las sombras fieles de quienes nunca fuimos» («Inclusiones en un zafiro violeta»), ubicado en la «incierto pared de la memoria» que viene a ser, como en el poema así titulado, un «depósito de objetos perdidos». Es como si vivieran las «palabras ya ajenas / recogidas por otro aire, / y en no sé qué otro ámbito» («Palabras»). «Lo que no tuvo nombre ni presencia / ni fue reconocido ni vivido, se impone» («*The ghost and Mrs. Muir*»), pues «alguien, en nosotros, / a pesar de nosotros, recuerda» («Quisiera comer lotos»). Y cuando ya no seamos, los «signos / nunca descifrados» podrán leerse en los fragmentos inscritos («Ostracas») que guardan «imágenes, huellas, voces: fósiles de tiempo». El silencio «se oye» («Nada») y también *dice* o significa —«está vivo y acompaña» («Ikebana») —, del mismo modo que las palabras, «diosas del fuego», pese a su reiterada insuficiencia —«tan sólo nombres» («*Pentimento*») — sustentan la alquimia del verbo —esto es, la poesía— que permite ordenar en términos inteligibles los ambiguos dones del sueño, «donde se oyen sonidos» que no son de este mundo. «Recorría con ellas / el pasado, y lo *creaban* desde la noche» («Palabras»).

Podría hablarse de varios planos de lo pretérito en la poesía de Julia Uceda. El primero, personal, se refiere a episodios más o menos imprecisos de la vida de la poeta —la infancia, la *extraña* juventud, las casas o los países habitados, el no país de una madurez o una ancianidad que en buena medida se sitúa fuera de las coordenadas físicas o biográficas—, pero incluso en tales casos las evocaciones particulares se solapan con un ámbito mayor en el que aquellos no son más que pequeñas muescas, ciertamente significativas pero a la vez insignificantes, una parte ínfima de la gran corriente en la que confluimos como perplejas partículas de trayectoria efímera, minúsculos eslabones de una cadena innumerable. Un segundo plano, individual, sugiere una conciencia anterior al nacimiento y remite a épocas o escenarios desconocidos por la autora, pero allegados a su memoria en forma de reminiscencias e incorporados a ella de algún modo inexplicable. Un tercero, colectivo, recrea la vida humana antes de la historia o, sobre todo, porque el cómputo de los siglos no deja de ser una práctica reciente, de la invención de las lenguas a la que los humanos, según afirman los fisiólogos, estábamos predestinados por la anatomía. El cuarto plano, en

fin, que cabría llamar cósmico, apenas se insinúa pero es deducible de los anteriores si entendemos que los seres dotados con la capacidad del lenguaje —o estos mismos antes de que convirtieran esa potencia en acto— forman parte indisociable del universo, que tiene una prehistoria aún más remota y oscura. «No había —leemos en la cita preliminar que abre «¿Qué se oía?», tomada del *libro sagrado* de los mayas de Guatemala— un solo hombre, un solo animal... Sólo el cielo existía. La faz de la tierra no aparecía». ¿Hasta cuándo puede retrotraerse esa conciencia anterior al nacimiento? ¿Qué había cuando no había nada? ¿Es esa nada siquiera pensable? ¿Puede ser expresada?

Ya se lo preguntaba la poeta cuando niña: «¿dónde / estaba yo *antes* de estar aquí? / [...] / ¿dónde ese *antes* deshabitado?» («*Kairós*»). En los últimos libros de Julia Uceda aflora, con más fuerza que nunca, esa *terra incognita*, desgranada en versos oraculares que remiten a otros suyos o los amplían, dándoles unidad y sentido. «Hablo, / para dar libertad a lo no dicho / [...] / Yo sólo voy buscando / palabras e historias no nacidas» («Círculos»), escribe la autora, que ya en los citados «Cuadros» había precisado: «Sólo es inmortal lo que no nace». Los árboles —cuyos «anillos / de crecimiento añadidos al tronco de una vida» («*Kadish*») pueden evocar el modo en que el rastro de las edades se acumula en la memoria ancestral de los individuos o de la especie— conversan en el «idioma antiguo» («Hablando con un haya») de cuando aún no existían las palabras —«otra forma de comunicación que dejó de ser la nuestra»— o estas eran sonidos inarticulados, *viejas voces secretas* que esperan en la bruma «hasta que algún poeta las encuentre» («Pensamiento, forma, sonido»). Tal es el imposible empeño de una poeta que ha *visto* —u oído— lo que nadie antes.

En última instancia, lo que plantea Julia Uceda es un alucinante viaje hacia los orígenes, a ese *entonces* inconcebible «donde empieza el tiempo» («Círculos») sin que nuestros lejanísimos antepasados fueran conscientes —no podían serlo— del proceso presumiblemente lento por el que una vida primaria e indiferenciada dejaba paso a otra realidad —en ella seguimos, aunque hay tradiciones religiosas o sapienciales que niegan la secuencia lineal— en la que los días y también los hombres se suceden o caen como las hojas de los árboles, de acuerdo con el venerable símil de Homero. ¿Cómo pensaban si no había palabras? ¿Pudo preceder el pensamiento a la aparición de las lenguas? ¿Existió un lenguaje no hecho de sonidos o de sonidos no verbales cuyo significado ya no sabemos descifrar? ¿*Qué se oía*

en aquella hora *cero*? Decimos, por cierto, *los hombres*, pero Julia Uceda escribe *ella*, «la primera, la sin memoria, / sin hoy / ni ayer / [...] / sin otras / que la enseñaran», la que aprende el «tierno alarido» de «la piedra o la sagrada encina» («La primera»), y recoge así el sujeto femenino que a juicio de los antropólogos habría llevado —muchos milenios después— el peso de las agrupaciones humanas más antiguas, siendo coherente la asignación del género no sólo con la identidad de la poeta, sino también con los indicios que apuntan a ese protagonismo arcaico de la mujer a la que la tradición posterior ha atribuido, por su supuesta mayor cercanía a la condición *salvaje*, una especial receptividad a los ciclos o una capacidad innata —que parece innegable en su caso— para *sentir* la naturaleza.

Venimos de un tiempo —o un no tiempo— casi inimaginable que *fue* hace mucho, aunque en verdad no haya prescrito, cuyos apagados ecos resuenan no tanto en la realidad exterior —pero algo *murmuran* los vientos, los bosques, los astros a quienes se detienen a escuchar su música— como en el interior de las conciencias. Julia Uceda ha sabido recoger esa suerte de radiación cósmica de fondo, como llaman los astrofísicos a la que resultó de la gran explosión y vaga desde entonces por el universo, una energía remanente que a veces concentra el foco de su poesía y otras se percibe en los márgenes o incluso en los blancos, en los silencios, a la manera de una imprimación que cubriera todas sus páginas. En ellas la poeta, gran poeta, ha mostrado la suprema osadía del hacedor, que es crear de la nada o es nombrar —hasta donde pueden las palabras— lo que no tiene nombre.

Sevilla, casi primavera de 2017

MARIPOSA EN CENIZAS

[Arcos de la Frontera, Tipografía Arcobricense, Alcaraván, 7, 1959]

EL ENCUENTRO

Llegué bajo el sol vivo de días inmortales
con retazos de bosques en mis dientes sin huellas.
De bosques virginales,
de milagrosos bosques,
y los brazos cargados con mil tallos de brisas.
De brisas no tocadas,
de cristalinas brisas,
para aplastar mis labios al borde de tu frente,
alto cristal iluminado y grave.

Me vibraste como una campanada
que me inundó, que resonó en lo íntimo,
en los recodos últimos de mis cuevas salvajes
y me envolvió en una inmensa ola
que me dejó en tus brazos, por primera vez viva.

Y pasaron los siglos.
Y al separar mis labios de tu cristal herido
tú tenías mis bosques y mis brisas.

SU VOZ

Vino de más allá con su tristeza. Había
rodado por los siglos y las lunas
intactamente virgen,
vertical, pura y honda,
hecha de mármoles antiguos,
de historias y de gestas
y se rompió en mi playa lejanísima
con sonido de órganos extraños.

Humanamente se rompió en mi playa
con su verdad traída en las raíces,
con su verdad rotunda, abras adora,
y en mis arenas hubo un murmullo de oros,
un temblor en las cimas de mis dunas
y una noche más honda y pensativa
se adentró en mi silencio.

Y ahora no sé lo que me dice.
Es su voz la que bate sin cesar mis orillas.
Es su galerna la que lame
mis rocas
con la lengua salobre de la angustia.
Son sus espumas las que ciñen mis piernas temerarias.

No sé lo que me dicen. No lo oyen mis oídos.
Lo siento a ramalazos, nocturno mar,
mar viento,
arremetiendo mis costados tristes
(piedra viva sin agua; sólo tierra).

La verdad que me trae no la busco,
no está, no, en sus palabras.
Está en su voz eterna,
en su voz impalpable, huidiza, arrolladora,
lejanísimamente mía
y a la vez
más próxima y más fiel que mi tristeza.
La verdad que me trae.

CUATRO

Yo te estaré esperando al borde del silencio.
Mis manos, sin espinas, tendrán olor de alba
tendiéndose al ocaso con nostalgia punzante.
Y tú vendrás con la luz en la espalda.
Y amanecerá de modo inverso,
y las rosas del viento caerán desorientadas
en un escorzo tímido de guía equivocado.

Y todo mi silencio florecerá de extrañas
palabras olvidadas,
quedándose mi yo de ahora arrodillado
frente a mi yo de entonces, trascendente
de amanecer y estrella.

Y toda la distancia en la mano de un niño
será un pájaro tibio que se duerme.

Y este tu yo de ahora dirá adiós con la mano
a ese tu yo de entonces, completo como un mundo.

EL REGRESO

A Manuel Mantero

¿Verdad que yo debiera morir
ahora que el tiempo es como un ascua pura,
ahora que el cielo
es un gesto total de bienvenida?
Sin embargo, yo pienso en la noche,
en los vagos caminos de la noche
por los que iré perdiéndome, borrándome.
Y quedará a mi espalda... nada.
Un silencio. Un vacío. Un mundo no creado.

¿O no? ¿Podré tal vez un día
correr, como una niebla silenciosa,
desde el mar a la tierra,
abrazando los altos pinos
que hoy no me ven
ni me conocen?

Secretamente, creo que volveré.
Con mis cabellos duros
jugarán las estrellas y las fuentes
y yo seré un misterio más en los misterios,
hoja en hoja, sonido en aire, tierra...

Y tal vez dentro de un hogar,
el hombre joven diga a la mujer:
Cierra ya la ventana. Esta es noche
de nieblas y de brujas. Ven.
Y ámame.

MARIPOSA EN CENIZAS

Hoy te escribo, Señor, y te pregunto
por la escondida luna de mi muerte;
por sus manos de hielos afilados
como agujas que cosen telarañas;
por esa muerte mía, sólo mía,
que aún no está madura por tus campos.

Tú, Dios, para matarme,
para volverme a Ti y a la sombría
cuna de donde vine, has de abrasar mis alas
y desatarme en nube pálida de ceniza
y aplastarme en la luz última de una tarde.

Y yo he de bailar,
con mi vestido gris de polvo y niebla,
frente al cielo amarillo y el sol frío,
sobre tus rosas y arrayanes muertos,
arrastrando mis alas desgarradas
igual que un breve cisne de las flores.

Y te pondré en la mano
dos lágrimas de luz y sal, como un pequeño
quejido por mis alas ardidadas ya y cenizas
desde que me las diste un octubre lejano.

Cuando tuvo mi nombre un lugar en el aire
y me llamaron «Julia» para hacerme más sitio.

EXTRAÑA

Siempre fui una extraña.
A veces me creía de la mano de todos,
entre luces y sombras,
mi voz entre las voces.
Una amistad de corazón de pájaro
empapaba mis manos.

Y de pronto las cosas me volvieron la espalda,
dejándome en el centro de una luz
tan pálida, tan fría...
Como de huesos.
Como de peces recién muertos.
Temblaba allí. Miraba
el detrás de las cosas,
las nuca, las espaldas,
los talones extraños,
el confuso revés de las sonrisas,
el secreto más triste y polvoriento
que nadie se confiesa. No podía
salir de aquella luz en la que nada
parecía —ni era— como antes.

¿Por qué yo?
Se me helaban
los labios de tristeza.
¡Si existiera
sin mirarme existir...!
Tal vez para tan poco...

Cuando de nuevo la luz se hacía
y mi cuerpo giraba de la mano de todos,
entre luces y sombras,
mi voz entre las voces,
un lejano recuerdo me oprimía.
Sigo siendo una extraña.

EXTRAÑA JUVENTUD

[Madrid, Rialp, colección Adonáis, 1962]

EL ACUSADO

Está en el centro de la luz. Frío quirófano,
la tierra huye bajo él, que cae sin destino,
mientras cien focos buscan sus más puros secretos
y los puños se alzan contra su sien de arena.
Manos, índices, puños, golpes, pasos, palabras
—dónde una rosa para asir la vida—.
Manos, círculos, voces, ruedas, botas, aceros.
Y ni el llanto de un niño. Ni una lágrima a punto.
Índices como agujas le señalan el cuerpo:
de qué tiene la culpa. Le señalan los ojos:
qué mirada es culpable. Le señalan la frente:
creó un Dios. Le señalan lo más limpio del pecho,
abren todos sus sueños y señalan al fondo.
Le señalan los dientes, le señalan la lengua,
con ira le señalan los asaltados miembros,
arrancan mariposas del terror de su vientre,
escupen en la histórica contextura del labio
y le indican su sitio: una soga pendiente.
Oye una voz unánime: «Es Dios quien te lo manda».
Y ni el llanto de un niño. Ni una lágrima a punto.

EXTRAÑA JUVENTUD

Hundir las manos en el agua
del tiempo. Ir al fondo
mismo del futuro que pasa.
Descender por sonidos
que antes nadie escuchara,
sabiendo que no existen
la vida y la esperanza.
Deshacer el ovillo
dentro del alma
desnudando a los mitos
con un golpe de luz en la mirada.
Vivir, por vivir hoy,
no por vivir mañana.
Estar siempre en la punta
de polvo de la espada.
Beber despacio el tiempo
—el nuestro y nuestra nada—.
Acariciar de noche
las estrellas mojadas.
Y de día esos labios
en que el dolor se para
indicando que hay algo
extraño que no pasa.

QUERIDO HERMANO

Querido hermano:
Tenemos que olvidarte porque sentimos miedo
aunque todo está en orden desde que tú te fuiste.
Los padres hablan alto para borrar el sitio
de tu silencio. Todos
vamos elaborando nuestra muerte, más seria
que tu vida, pues somos
más justos. Lo sabemos: todo el mundo lo dice.
Sólo yo pienso. Y dudo.
(Algunas veces siento la sangre dividida
imaginando un rostro no visto en el oriente:
el tuyo. Yo era entonces
muy niña y no recuerdo).
Vivimos solitarios, sombras entre la niebla,
caminando detrás de la primera sombra,
levantando los brazos de las llagas del cuerpo,
con la mirada vuelta a ningún horizonte.
Un aire de silencio nos vela la palabra,
aunque tenemos todos permiso para el grito
que traspase la idea en que no estés borrado.

¿Qué fuego descubriste?

¿Qué secreto te envuelve por la casa?

Si algunas veces siento que me falta un pedazo
de la tierra que piso, de la sangre que llevo,
de una parte de Dios, extraña y silenciosa,
pienso si se habrá ido contigo por el mundo
dejándome este hueco en la frente perpleja.

DIÁSPORA

Si supiera qué indican cuando me indican...
Quién puede asegurarme que no soy sólo un nombre,
quién puede hallarme, cierta, en los contornos
maltrechos de mi sombra.
Quién puede colocarme de pie sobre la tierra
y quitarme después, y que en el viento
permanezca mi orilla irreparable.
Qué dedo me bordea la boca, no el hastío.
No sé si son palabras o sueños lo que llevo,
ni quién es ese pájaro que oscuramente huye
cuando amanece. Ni qué recuerdo,
ni qué es lo que todos me dicen que recuerde.
Una mano aburrida me ha dejado en el suelo
—en camino de luces detectoras de alas;
arcillas fugitivas por los cielos vacíos—,
encadenada a un ansia de palabras prohibidas,
de palabras que esperan la señal para el grito
que devuelva los cuerpos a sus almas errantes.
Es como si entre todos estuvieran ocultas
y viviéramos una consigna de silencio,
solos y peregrinos entre aguas y nieblas,
con las resacas sienas atravesando sombras,
esperando, esperando... Huyendo de los largos
reflectores que arrancan a Dios de su silencio.

EL SECRETO

Os alejáis de nuevo —libros, papeles, líneas
de lo real—; huís bajo el ruido
circundante. Me volvéis a las sombras
de nuevo. A lo perdido
entre voces y manos de niños,
bajo el roto aspirar de las estrellas.
Bajo su jadear de polvo casi eterno.
Mis ojos no son míos si miro
mi habitación, mi ropa abandonada,
el papel en que escribo lo que sé,
lo que aprendí a zarpazos de silencio.
No me conozco en mí, ni me conozco
cuando me llaman: Julia.
Julia... ¿Quién eres? Dónde
estás, por qué túnel
has huido. Por dónde
muelen tus pasos la desierta sombra.
Qué conoce tu frente,
qué tu mirar de olvido por la yerba.

LA TRAMPA

Julia Uceda, qué has hecho de tu sombra.
Mujer sin huella, cuerpo
sin apellido,
denominas al humo, a las lluvias y al viento.
A todo lo que pase y se borre y se pierda.

Has buscado una voz por donde había
viejos mitos desiertos.
Has adorado dioses derribados
en hondos agujeros,
y ahora todas las aguas de la tierra
lloran desde los montes por tu cuerpo
donde muere la muerte. Y donde muere
la vida al mismo tiempo.
Mujer con los brazos mojados
en el antiguo corazón de un cuento,
con las espaldas frente al Todo
y las pupilas derribando miedos,
las viejas madres-muertes harán rondas
para que pudra tu secreto,
y escuches en los muros de tu vientre
un golpear de pétalos y huesos
y graves caracoles masculinos
en las tardes de invierno.
Te rozarán la frente largas dudas
como ásperas lenguas de perro.
Escupirán inviernos en tu llama
porque has jugado con su fuego
y mostrarán de ti, cuando te vayas,
un helado cerebro.

SIN MUCHA ESPERANZA

[Madrid, Ágora, 1966]

ANÁNKE

CORO Deseamos gritar.
Deseamos correr a los umbrales
y detener el tiempo.

El telón
comienza a levantarse y ella
representará su papel
hasta el fin o el origen.
Miradla:
por entre calles sin pupilas
se acerca a su destino.
A sí misma se encuentra
y también a la otra, a la que yace
en el enorme fondo.

Desearíamos gritar,
detenerla,
agitar rojos trapos.
Pero Cronos se acerca
y de la mano suben
la escalera del sueño.

CRONOS Abre la puerta. Es tuya,
tienes la llave. Este
es tu lugar desde el principio:
tu lecho, tus espacios, te esperaban.
Y ésa eres tú.
Toma el papel: ya nadie
puede hacerlo por ti.

CORO Ha cruzado el umbral
del que nunca se vuelve, oh, dioses,
y ha sonreído...

Mira el lecho, abre el libro
donde escrito no hay nada.
Deseamos gritar,
siempre deseamos gritar,
y detener las lanzaderas
en la risa de las bocas vacías.

Pero ¿qué hace ahora?
¡El zumbido de las agujas
y el largo velo
que nos impide ver lo presentido!
Sí, algo presentimos
y deseamos gritar.

CRONOS ¿Nada dices?
¿No hay sorpresa en tu rostro?
Dime dónde aprendiste esa mirada.
Criatura sin relieve,
eres un leve soplo de ceniza,
casi un no ser perdido por mi fondo.
El principio y el fin no te recuerdan
y te sonríes sin embargo...

CORO Ya no podríamos gritar.
Nuestra voz tiene plumas y sueño.
Es un inmenso pájaro,
un pájaro angustiado,
que una y otra vez cayendo,
se clava en la garganta.

Ella ha presentido los pasos. Vemos
cómo su lento corazón los oye
venir por galerías y por atrios,
por las esferas de la noche
donde el silencio reina.
Acude con sosiego a recibirlo.
Sin temor se dispone
para quien viene. Y vemos que se miran
—la imagen viva con la imagen ciega—
y lo escrito se cumple.

AGONISTA ¡Qué momento tan largo
el de la vida...!
¿La vida?

Oigo correr el agua...
¿Es mi vivir que fluye
o es la imagen de piedra
sintiendo su constante
pasar?
La vida... El agua...

Crece una sombra dentro de mi pecho
y no hay sol y no hay aire
que la ahuyenten.
Deseo caminar, ir adelante
pero Cronos vigila los caminos.
No invoco ni a los dioses ni a las madres,
me apoyo
en la débil columna de mi cuerpo
que va a caer, que ya se está inclinando
hacia el agua que nunca se detiene.

CORO Deseamos gritar.
Deseamos correr a los umbrales
y detener el tiempo...
 (Oíd: ya vuelven las palabras...
 Vienen... se van... retornan
 girando siempre...).

El telón...
comienza a levantarse...
...su papel...
hasta el fin o el origen...

CRONOS Abre la puerta...
tu lecho... tus espacios...
nadie... nadie...
puede hacerlo por ti.

LA EXTRAÑA

La fatica e'sedersi senza farse notare.
Cesare Pavese, *Il vino triste*.

Me levanté sin que se dieran cuenta
y salí sin hacerme notar.
Había estado todo el día
entre ellos, intentando
hacerme oír,
procurando decirles
lo que me habían encargado.
Pero el recado que me dieron
no era preciso. El humo,
la música, el ruido de las risas
y de los besos —estallaban
como las rosas en el aire—,
eran más fuertes que mi voz. Cansada
de mi trabajo inútil,
me levanté,
abrí la puerta
y salí del hermoso lugar.
Desde la calle
miré por la ventana: nadie había
advertido mi ausencia.
Caminé. Volví el rostro:
ninguno me seguía.

DIÁLOGO

*Aquí estoy —murmuró—. Vengo a traerle
su libertad.* Sobre la mesa estaba
doblada con cuidado, limpia,
recién salvada. Alzó
su rostro hacia el jardín:
dulces barcos de humo
marchaban hacia el mar.

El mar... Ningún camino
podría conducirla. Todo era
una espiral interminable.

Él dijo:

Te amaba... te he amado... Ella
—tenía vueltos al jardín los ojos—
oyó: *Yo temo*. Y sonreía
a los barcos que eran catedrales,
y luego montes y después rebaños
y al fin ya nada: sólo
una gran pesadumbre.

¿Qué temas? —dijo. Y su voz venía
del país de las sombras— *Oh, no,
no temas nada*. Y él: *No dije
«temo», sino te amo*. Parecía
sorprendida. Miró
la libertad: sobre la mesa
ya no estaba. Recordó: *Te amo...*

Alguien, una vez, dijo eso,
pero quién, cuándo, dónde...
No pudo
recordarlo. Él esperaba su respuesta
y entonces, con dulzura,
se abrió la blusa y le mostró la muerte.

ANTÍGONA

Yo sé
que un día
voy a salir por estas calles,
como un trozo de llama,
quemando el aire con mi grito;
incendiando los lechos
y las fuentes.
No me compréis con lágrimas.
No tendáis vuestra mano
hacia este falso mármol
de las mías.
No me digáis,
no me digáis
ya más...
Lo sé ya todo.
Cerrad las puertas,
liberad a los perros
y a los pájaros, regad
las flores: será
la última vez...
Y no dejéis
que los grifos abiertos
inunden las estancias:
que el pétalo amarillo
de las horas encienda
de frío sol los ámbitos vacíos.
Después, dejadme
dormir.

A EDITH PIAF

Te han condenado.
Una oración,
como limosna insuficiente,
ha caído
sobre la tapa de tu féretro.
Te han condenado, Edith,
por no querer ser
la excepción que confirma
la regla. Porque
querías,
tú, gorrión
de la calle, ser
la regla. Porque
intentabas salirte de la calle.
Te han condenado como
si Dios no fuese amor. El dedo
ejemplar
—una uña sucia, como
si lo viera— se alzó
sobre tu frente
y mostró al mundo
que sólo esa limosna —por si acaso...—
merecías.

De nuevo a la intemperie.
Esta vez «a la calle»
te han dicho.
A la calle amarilla
de los muertos, sin Senas,
sin flores, sin guitarras.

Pero tú, Edith, sonreirás.
Tuviste ya tu infierno
al borde de la cuna: sabes
lo que un niño criado con alcohol.
Edith *mystère* Piaf, rezabas
no al morir, al cantar;
y sin saber por qué,
por quién acaso. Ahora
es cuando cantas en la inmensa calle
de Dios, alegremente,
Edith *mystère* Piaf.

ELEGÍA SOBRE EL TIEMPO

I

Alguien dirige
la circulación del Infierno.
No digáis
que de allí no se vuelve.
La arena
todo lo modifica: todo
lo iguala. Pero siempre
ha de haber condenados.
Conozco
a los reos del hombre
y a los absueltos en sábado.
Con frecuencia vi el rostro
de los fieles a la contradicción,
de los abrazados
a la inseguridad. En el crujido
de la madera,
durante noches y silencios,
adiviné en el peso de los huecos vacíos
toda su queja y su protesta muda
por tener incrustado entre sus dientes
un cristo de diamante.
El fuego,
abrasando sus lenguas,
iluminaba otra verdad, más honda,
que decir no podían.
Yo, una más entre ellos,
los oí protestar
por el fraude en cuyas frías aras
su sangre había corrido
y correrá la mía.

II

Perdida entre todos
espero el regreso de los condenados.
Los labios entonan himnos ya tardíos
y el suelo se cubre de mirtos y rosas
que habrán de pisar los pies imposibles.
Banderas, incienso, palomas con frío,
solos y con frío se mueven sin rumbo.
Y como si alguien corriera una vela
cae de algún lado un raro silencio
y cruza una extensa presencia invisible
que llena las luces de sombra y apaga
los rostros y el día. En vano pensamos
que nosotros no fuimos los jueces.

III

Los reos no miran a un lado ni a otro.
Sus ojos contemplan la muerte en que yacen
—niños que dejaron la cuna con sueño—.

Tú, que cortaste la leña del bosque
con el hacha indignada del justo;
tú, que trajiste la llama y el aire y los lienzos;
tú, que pusiste la firma y el sello de sangre en un lado
del papel y decías salvar a las vírgenes,
a las castas esposas y jóvenes madres
que al llegar su otoño,
una a una rindieron tributo a la sombra, al polvo y al sueño,
decid: ¿Habéis visto estos rostros? ¿Conocéis
que son muertos y nada podrá devolverles la carne
ni la luz con que amaban? ¿No veis que los himnos
no borraron jamás la derrota, el temor y la muerte
ni el exilio del mar y los pájaros?

Los reos no miran a un lado ni a otro:
nada pueden mirar los que vieron la sombra.
En vano pensamos
que nosotros no fuimos los jueces.

IV

La muerte, en la verde cornisa del templo, sonrío,
y sus palmas imitan el gesto de aplauso del hombre en la calle.
(Las arenas suavizan cualquier desnivel de la historia).
Y como en los cuentos,
los que ya perdonaron regresan
al calor de sus tibios hogares y en ocios de sábado
procrearán a los reos futuros
que serán condenados en lunes.

CUMPLEAÑOS

Con frecuencia me detengo, asombrada,
ante esa cosa increíble que me sirve de rostro.

S. de Beauvoir, *La fuerza de las cosas*.

Desde el espejo
me mira agazapada, jugueteando
con los ovillos y los pájaros.
Nada la distrae de su espera:
los ojos en mis ojos,
acecha mis motivos
de repulsa, y exhibe
su derecho a quedarse en los espejos.
Soy un ovillo más, uno más...

Y juega:
simula una batalla que no existe;
o en su rostro de arena
dibuja gestos de vencida. Inútil
alarma.
Pero soy su victoria diferente.

Si voy sin detenerme. Si
no me aparto, ni huyo. Si
digo *sí* y es *sí* y *bueno*...
o *como quieras*, y me es igual ya todo
—o *todo es nada*—, ¿cómo
puedo ser su victoria?

Si por ninguna gota de mi sangre
se ha perdido un triunfo. Si
nunca nada dijo *sí* para mi oído. Si
sí es para mí *no* y *nada*
es *todo* siempre, ¿cómo
me espera, hora tras hora, día
a día, a mí?

Admiro su grandeza
sin causa y el tesón
de sus ojos inmóviles y atentos
sobre los pálidos caminos
que no invitan a huir.

Si supiera
que he dejado las armas,
y que miro, curiosa, los crepúsculos
hasta ese, que funda
en el uno total las dos imágenes.

POEMAS DE CHERRY LANE

[Madrid, Ágora, 1968]

NOROESTE

Si intentara decirlo
no sabría: el tiempo
y el espacio jugaban
una danza en el tronco de los árboles.

Cómo poner en su lugar
—tiempo y espacio— lo innombrable:
el vacío. No el *vacío* que está en el *Diccionario*,
definido y concreto,
sino el real, el otro, el sin palabras.
Ese que ni parece una palabra. Que no tiene
ni siquiera un idioma, una música, un gesto.

Inútil intentarlo. Sólo puedo
decir *tiempo* y *espacio*, mas no todo.
(Nunca se llega al fondo. Ni uno sabe
quién muere cuando entierran nuestro nombre).

Era un reloj de manos rotas
que se dejó los dedos entre nubes,
sobre la mar —oh, sí: lo femenino,
lo múltiple y sin forma que da formas,
que devora y genera; la mar, Jorge Manrique,
que no pudiste ver cual yo veía—.

Y por ese reloj, sola, rampante,
con alas sí, con júbilos y alas,
yo, lo inútil, creyendo
un mensaje en mis manos poderosas.

Qué importaba el reloj, la mutilada
hora tradicional, los asaltados
espacios interiores donde el miedo
lloró sobre sí mismo replegado. Qué importaba
si yo tenía manos, huesos, júbilos
que entregar por respuesta...

El espacio era claro, pero luego
supo a cristal —no sé decirlo—,
a suelo huyendo.
A soledad callada y no sonora.

Y una mujer andaba, andaba, andaba.
Y era yo y no era yo, porque ya todo
era igual a sí mismo y sólo había
asido sombras y abrazado sombras.

No, dolor no, mas no podría
precisar... sino luces
hirientes de quirófanos.
Sí, vacíos también, todo vacío.
Todo hueco —futuros y pasados—:
un escalón de menos, un espacio
sin aire... No sabría
—ya lo advertí— decirlo.

ROSAS DEL SUR

Las rosas del sur tienen una lágrima
a punto de caer. Charlie, las rosas...
Y ese vals demasiado
curso tal vez. Las rosas, Charlie,
de Europa, que no has visto.

Cuando yo digo «rosas
del sur», en Alabama
piensas tal vez... En los violentos
ramos de rosas rojas, negras...
O en Pasadena... O quizá en esa rosa
perdida por tu infancia, que alguien trajo
y puso en una copa ya olvidada,
al lado de una Biblia dominical. Y hueles
a maderas antiguas.

Cuando yo digo «rosas
del sur» hay un revuelo
de tenues faldas por jaspeados mármoles,
un violín en la niebla, un Archiduque
en Austria: en una Europa
de antes del catorce...
(una Europa perdida, un Schöbrunn muerto),
sepultada en un ritmo
violento de cañones y metralla.

Después Apollinaire con su cabeza
de algodón: herido por los siglos
de los siglos en todos los retratos.

Todas han muerto, Charlie.
Pero los vales quedan. Y Strauss.
Ahora, nosotros
somos vivos, reales.

Yo, viva y verdadera, oigo contigo
esas «rosas del sur». De cualquier sur, amigo.

Sé que estoy viva
porque el espejo dice mi manera
de pintarme los labios,
de ordenar mi cabello.

Y escuchando esas rosas, esos valeses
—todos brillantes, todos agitados
como suaves alientos,
muertos también, tras de los abanicos—
esperé que llamase
a mi puerta... al teléfono.

Toda la tarde, como
si no hubiese distancias
ni palabras de hierro.

Ahora,
muy lentamente,
retardando el momento,
desordeno mi pelo y lo cepillo
pensando no sé qué, en otra cosa;
desprendo mis pendientes
y el rouge para dormir.

Los valeses, Charlie,
hacen que vea en el espejo
las extrañas visitas de una casa en que alguien
espera, el grito
de un pájaro, el presente
de algún aniversario.
Mas ¿de qué aniversario?

No sé, Charlie... Los valeses...
Toda esa Europa muerta me hizo
pensar que había una lágrima

a punto de caer desde las rosas
del sur... Y que yo estaba
viva —vivir es esperar— y que ninguna
lágrima iba a caer sobre mi hombro.
Pero ha caído...

Si otra vez digo «rosas
del sur» serán de Pasadena.
Si «olas», del Pacífico...
«Emperador», serpientes emplumadas
de Moctezuma... de Schöbrunn...
el gran teocalli con olor a sangre
y a metralla también. Y también muertos.

Porque todos han muerto, Charlie,
y sólo quedan valeses y ruinas.
Las ruinas de piedra y las de carne.
Siempre serán la misma
rosa la de Alabama y la de Austria.

CONDENADA AL SILENCIO

Para Ramón Sender

Nada más natural que estos paisajes
y esta luz en mi mesa y esta casa
—posible ya que se ha perdido todo—
y este extraño país en el que estoy.

Nada más natural que los nombres que oigo,
nada más natural que la nieve que cae,
la cama donde duermo,
los caminos que anduve...

Nada más natural. Nada más misterioso.

Aún no veo el conjunto
de todos los enigmas.
Sólo tengo fragmentos
amargos, disparates
de mí: gran disparate. O verdad honda.

Lo nuevo es la costumbre.
Lo acostumbrado olvido.
¿Soy otra? ¿Soy la misma? Los espejos
reflejan a una niña que se va y a una anciana
que blancamente llega,
pero nunca responden.

La respuesta está al filo:
cuando ya nada importa y no regresa el hombre.

Pero entre tanto hay músicas
y luz en las estancias y retratos,
y horas que pasan esperando oír voces
que miran desde ayer. Y también son misterio.

Habría que marcharse.
No haber venido nunca
porque el hondo misterio no está en los escalones
que bajamos; se agita,
mortal y eterno, en nuestro lado izquierdo,
y estamos impacientes porque amamos
lo que no debe amarse
ni ser amado quiere.

Yo me pregunto ahora,
en este pozo hondísimo,
si aún me quedan más pozos,
cuántos pozos me quedan
y hasta dónde el misterio será, como hasta ahora
natural, cotidiano
y si un día, en mis nieves,
no sentiré ya nada:
¡qué vergüenza, Dios mío!

Y digo que me quiero
marchar.
Que el juego es sucio,
que yo nada comprendo y que no hay paraísos
terrestres ni celestes. Sólo noches y noches
y una lenta caída del insomnio a la nada:
desde un sueño a otro sueño.

Lo más limpio es marcharse:
no dejar que se ensucie
nuestra mano inocente. Pero suena el teléfono
y *Sí, yo soy*, decimos
a las voces extrañas que, siempre equivocadas
de número, en la niebla
a cenar nos invitan.

Todo tan natural. Todo tan misterioso.

Cada hombre, en su noche,
sin saber dónde echarse como un perro,
descuelga los teléfonos, acude
a la cena, sostiene
hermosas copas de cristal: decora
un friso monstruoso. Sigue.

Nada más natural. Lo extraño es esto:
no poder derrumbarse en las aceras
porque hay que mantener el orden público.

NADA SE OYE

The abandoned ruins of the dreams I left behind.
(De una canción popular inglesa).

¿Estuve sola
a través de los tiempos y los grupos
dorados del otoño; a través de la sombra
del árbol en el agua
inquieta o dura, y más y más allá?

¿Fui —fuimos— hablando entre la niebla
que fingía triunfantes
contornos a mi lado: un rostro puro,
muy extraño en su noche, con los signos
de un idioma remoto en su frente, en su boca?

Yo ¿le hablaba a la niebla y a la sombra
o es que alguien me oía?

¿Oía alguien?

La respuesta, ¿era una voz o el viento?
Era una voz ¿o el agua
salvaje de ese río cruel y poderoso
que el amor no conoce?

Nada se oye.
En la casa vacía las preguntas —los pájaros—
se estrellan silenciosas contra el muro
y una muy tierna gota de sangre sustituye
a la huella del ala en el cemento.
Un instante fue el roce y destruidas
una a una se ocultan.

El silencio, ¿no es mucho para cada criatura?
La eternidad es sólo un peligro invisible
porque las roncadas voces de la montaña claman
por los cuerpos perdidos que hablaron a las sombras.

Nada se oye.
Pero entonces, ¿me oía?

El silencio es como una eternidad, sin fondo,
sin principio, una espalda
a la vida, a los hombres.

Para después no quiero contestación ninguna:
es aquí donde tuve la urgencia de saberlo.

Oh, sí, ya nada se oye.

Pero entonces, ¿me oía?

MARIPOSA FUGAZ

Para Rafael Palacios

Sería muy hermoso
ser muy joven ahora y no sentirse
extranjera en los viejos
lugares; no mirar desolada
las alas únicas caídas
y húmedas por la lluvia o por el llanto.

Van cayendo las hojas
y el viento se prepara ante el espejo
de los ríos dorados para el último
paseo entre las ramas
que perderán también sus alas y sus oros
apagados ya y fríos.

Estoy sola en mi casa sola.
Una canción llega hasta mí.
Es un mensaje
de primavera y esperanza,
de amor y gloria. Dice algo
luminoso de labios
amantes que se encuentran
más allá de los límites
de la vida, perdidos
los años, descifrada
la Esfinge. Pasa un eco
de bosques en la música que llena
mi casa sola donde yo estoy sola.

Fuera, la nieve —la evidencia
de morir algún día—
suavemente cae.

En los ríos temblando no quedan mariposas.
La muerte pasa entre los árboles
y su aliento de plata los desnuda
dejándolos inmóviles y duros:
son monjes invernales
de un rito extraño que nos estremece.

Lo hermoso ha muerto.
O duerme. Mariposas
heladas —no: sus alas— van cubriendo
los céspedes dormidos. Sé que un día
—yo no estaré— vendrá otra primavera.

CITA CON UNA SOMBRA

Para Joseph Therrien

*Qui es-tu, dit le Petit Prince. Tu es bien joli. Je suis un
renard, dit le renard. Viens jouer avec moi, lui proposa
le Petit Prince. Je suis tellement triste... Je ne puis pas
jouer avec toi, dit le renard. Je ne suis pas apprivoisé.*

A. de S.-E.

Yo no sé qué mensaje
tenía que decirte. Iba,
eso sí, hacia tu casa
cuando una voz me dijo:
*Hay que pasar un cementerio
y a la derecha...*

*Por qué —me pregunté— vive mi amigo
en un lugar tan grave. Reflexioné:
Es triste
estar tan cerca de la muerte.*

La casa estaba lejos
y crucé innumerables poblaciones dormidas,
cementeros de siglos perdidos en las sombras
del tiempo. No sentía
temor, pero su casa, ¿dónde?
¿Y para qué?

Cirios y aguas. Piedras
con un temblor de soledad. Altivos
cuerpos de mármol desafiando el polvo
sobre altares de sombra.
Luego patios ancianos
con frescura estancada: en el recuerdo
aquel en que los pájaros dormían
sobre anchos abanicos.

¿Están muertos
aquellos pájaros y aquella
vieja Universidad de vieja España
donde Ocnos tejía colores y perfumes
para el asno insaciable?

Yo buscaba la puerta
y nunca la encontraba.
Parecía alejarse en una huida inmóvil
o nadie respondía. ¿Cuántas
veces la misma y diferente puerta?

Manos me la indicaban, pero siempre
crucé otro cementerio. No aquel que conducía
a tu hogar de hombre vivo, alegre
tal vez.

Las catedrales
que atravesé... Los altos mausoleos
de cardenales y de príncipes
y sus largas miradas
de helado fuego traspasando
la atmósfera de incienso. Hasta el menudo
barro de las doncellas, maltratado
en las Sibilas que cuidaban
el fuego, en el que ardían
los siglos, me gritaba
su mensaje de polvo prematuro.

Y allí entre las cenizas
las mudas plumas de una voz del aire.
Pensé: *El último día*
tendrá el niño de Ofelia un pájaro en la mano.

Tu puerta
estaba lejos. Parecía

alejarse, muy lenta, de mi puño
alzado y no podía
llamar.

Amigo mío,
entre tú y mi visita,
cuántas muertes.

METAMORFOSIS

Se ha reducido su tamaño. Ahora
es más y más pequeña
y más oscura. Ahora es sólo
una sombrita en la pared,
allá en lo alto, donde están los nidos
desalquilados del invierno:
es sombra en la pared para el sol último.

Solía tener alas
y las vi alguna vez llegarse hasta una frente.
Su sonrisa
era como las otras y quedaba
también iluminando cuando ya era de noche:
tenía su manera de quedarse
cuando ya se había ido hacía mucho tiempo
por el reloj.

¿Qué ocurriría
para hacerse de pronto como el leve
residuo de una luz?

*Nadie es culpable —dijo
la última vez—. Alguien creará que pudo
—y dio su última sonrisa—: era
mi viento personal que me esperaba
para soplar sobre la luz que quise
llegar a ser, y transformarme
en sombra, aquí en el muro,
para el último sol.*

Y después de un silencio: *Yo ya no necesito
estas alas antiguas.*

CAMPANAS EN SANSUEÑA

[Madrid, Gráficas Uguina, colección Dulcinea, 1977]

PROFUNDO MAR AZUL

I

Adivinando entre mi sueño el alba
del gato mal dormido, enfermo,
en el cuarto de abajo y de allá atrás,
mojado aunque no llueva,
y en esta tierra en la que nadie se me ha muerto,
oigo el dolor de la materia que se deshace,
de mis padres y madres lejanos,
que eran y no son, pero son y no se reconocen,
y quisiera pasar mi mano, humana todavía,
por su tristeza de ser que se transforma
en las cunas inmensas de los estratos.
A esa hora del alba en que adivino
al gato mal dormido, enfermo,
comprendo por qué sus manos detenidas
ya no se mueven y despejan la niebla;
por qué sus líneas se deshacen y no queda nada
que acariciar. En esa hora fría
en la que el día que viene es un teatro vacío
en el que los pasos resuenan.
Y para que todo comience más tarde
me doy media vuelta en la cama contando los años
en que alguien llevaba mi mano escribiendo la eme
con la a...: que su vida
sea una abeja de mármol
que en cien años no dirá nada a nadie.

Dentro del teatro vacío
—a la hora del gato mal dormido en el cuarto de atrás—,
sé que empezaron a morirse
cuando los pies se les quedaron de cualquier manera
y cesaron de llorar para siempre. Pero no fueron muertos
sino profundamente dormidos

hasta que mi memoria llamó muerte a su sueño.
En ese instante
en que doy media vuelta en la cama,
y no voy a dormir pero tampoco a despertar,
porque son dolorosos los sueños
que se deshacen en olvido
dejando un rastro negro o humo
y muerte, un poco ya, temprano,
es cuando podría tomar posesión de la isla
sobre la que las cabezas dormidas no muestran
sino la dulce inclinación del cuello
reluciente en la luna.
A esa hora
podría regresar de las aguas de Donaghadee
o de la pálida bahía de Galway,
cruzando la niebla
de los borrachos que se han hecho dólmenes entre los dólmenes,
o los sueños de las niñas de mil novecientos
que en Halfpenny Bridge
muestran en su mirada los líquenes
de la locura más dulce. Porque bajo la noche
todos se mueven con la misma ternura
y la vieja Irlanda no es una bruja de matriz desecada
que se quita las pulgas sentada en la isla del Toro.

Nada puede su diente sobre mi sueño
que se hace en otras sombras; nada sobre mis pasos
por la escena vacía
que cruza un gato del color de la gracia
y cientos de pájaros que van hacia el oeste
y regresan
y oleadas de hojas doradas —la ceniza
del verano—, o la boca,
en la que el tiempo olvidó la voz del niño,
que agita sus aspas irreparables en todos los vientos,
o mariposas que vienen a morir en las alfombras.

A veces pienso que no ha ocurrido
—no sé: ¿cómo ha ocurrido?—;
que en aquel *octubre lejano* no hubo días
y todo es un espacio único cruzado
por estrellas errantes, entre mil y mil siglos,
que siguen sucediéndose. Quito el hueco
de mi sombra en el aire: nada se hunde. ¿Estuve
alguna vez allí, entre ellos, sus manos,
sus amores, sus amplias
seguridades con pólizas? No quisiera
recordar, pero el tiempo
es sombra con cuchillo al volver una esquina.

II

Yo tuve veinte años, pero no me di cuenta.
Y ahora no los recuerdo.
La luz que va creciendo en mí
dice
que no soy más que todo lo que gira
en ella;
no más que esta lechuga que está sobre la mesa,
nutrida con mis manos que ayudaron el ciclo
que los dioses protegen. Su verde perfección,
el secreto puño de aguas apretado
las olas tenues del corazón, o violentas,
que no puedo despegar sin ternura,
son el mensaje de una tragedia que nadie representa y yo veo
pensando en que esta noche he dado media vuelta en la cama
porque este cuerpo empieza a molestarme
como un abrigo estrecho
que hay que quitarse para estar más cómoda.

III

Yo tuve veinte años, pero no lo sabía.
Y ahora no los recuerdo,

aunque quisiera tenerlos aquí, en mi mano,
exentos ya de mí,
como se tienen una llave o un libro
y se miran.
Quisiera ver, a un tiempo, su luz y su sombra,
y no sólo su ausencia; no sólo
su ignorancia de la muerte;
no sus fragmentos perdidos;
no su introito a las sombras.

Pero están solos vagando al otro lado del muro,
girando en un viento incesante,
en la extensa memoria en que primero habló el odio
revestido, como siempre, de la cándida ropa del amor traicionado.
Y ante las dos esfinges,
el punto de partida y el deseo
de no volver a vivirlos —jamás, jamás, jamás—,
pero de recordarlos
como podría recordarse una mano amputada
que fue hermosa y que quizá fue hermosa,
¿hacia dónde dirigir la mirada?

IV

Nunca el origen
perdido en la llanura donde primero fue el odio.
Nunca más el paisaje salado y polvoriento
donde puedo encontrar mi imagen sentada en una piedra
—sombra que fue otras sombras—
contemplando todavía las dos esfinges
—la del amor vestido de odio;
la del odio vestido con la cándida ropa del amor traicionado—,
tratando, todavía, de reconocer la luz
tras de las viejas máscaras cambiantes.
Porque si pongo mi pie en la orilla del uno de noviembre
hoy, mañana y ayer serán, en aire, polvo.

EL TIEMPO ME RECUERDA

Recordar no es siempre regresar a lo que ha sido.
En la memoria hay algas que arrastran extrañas
maravillas;
objetos que no nos pertenecen o que nunca flotaron.
La luz que recorre los abismos
ilumina años anteriores a mí, que no he vivido
pero recuerdo como ocurrido ayer.
Hacia mil novecientos
paseé por un parque que está en París —estaba—
envuelto por la bruma.
Mi traje tenía el mismo color de la niebla.
La luz era la misma de hoy
—setenta años después—
cuando la breve tormenta ha pasado
y a través de los cristales veo pasar la gente,
desde esta ventana tan cerca de las nubes.
En mis ojos parece llover
un tiempo que no es mío.

EPITAFIO PARA UN DESCONOCIDO

Es posible que la voz de un poeta llegue más lejos que tu casta de sombras.

Si es así,

salvaré tu memoria y las generaciones futuras podrán maldecirte,

a ti, hijo de madre virtuosa y padre no tanto

aunque quién sabe,

pues murió, rechazándote, dicen, entre los hombres.

Tú no vienes del agua pura que salta de mujer en mujer

sino del perro que se oculta, can oscuro,

donde la luz no llega —¿dije perro?:

los símbolos perdidos se ocultan en palabras.

Yacen en otras tumbas—.

Has nacido de ti, viejo desde niño,

impuro desde niño,

muerto —y transmitiendo muerte— desde niño.

Eres la esquina en que tropieza el niño y muere como un pájaro.

Jugarías con banderas destrozadas en todas las guerras,

sucias por la sangre mohosa, con olor a cripta,

de los vencidos anónimos

a quienes, sin embargo, alguien lloró: no a ti.

Balas inútiles, cascotes, trozos de mantas

podridas por las lluvias de los siglos,

capotes de otros tiempos, de otras y de todas las guerras,

cenizas frías de ciudades arrasadas, vendas

y muletas, salas de cuartel

urgentemente abandonadas, juguetes —ratones,

astronautas, pájaros infaustos, muñequitas...—

con los muelles saltados, cortinas

que todavía flotan en un aire que ya no es nuestro,

árboles que no se sabe si son de ayer

o de nunca, y trenes, muchos trenes

—con cristales mordidos—

que no llegaron a ninguna parte,

se juntan y hacen una montaña terrible

en la que estás, desamparado y solo,
haciéndote una vieja en marcha atrás de hombre.

Nadie puede bajarte de ahí, señoreando
donde la lluvia es baba y mucho frío.

Nunca diré tu nombre

mas si llega

mi voz más lejos que tu mano

lo sabrán cuando sepan

que hubo un reino de sombras.

LOCOS SOBRE LA YERBA

No es, lo sé, el rincón inocente de la luz,
ese rincón al que todos miran sin recelo y dicen:
«En ese rincón no hay nada», o
«...pon la maceta en el rincón», porque la línea
en que se unen las dos lisas paredes
no representa
amenaza ninguna.
Se trata del rincón en que puede estar todo,
incluso una frontera, negra o blanca,
señalada claramente por la tiza invisible
—que sólo ve el llamado—
guardada por celosos guardianes oscuros,
desde la que nadie dice adiós. Y no se vuelve.
Rincones donde se reencuentran mitades divididas
para seguir combatiendo; donde hay puertas
sin llaves
y amaneceres eternos —no se sabe
si viene o se va el día—
cuya luz magnificase una mota de polvo monstruosa
que crece y crece y nos aplasta y lleva
como un planeta.
Rincones en los que podemos caer
porque se parecen a los otros que hay por toda la casa,
y perdernos
como una moneda de diez céntimos
que se confunde con el dibujo del suelo
o se hunde en el bosque de la alfombra.
Irse al rincón —la cara entre las manos:
«no estoy» y que pase de largo
la procesión de penas con antorchas.

ESPAÑA, ERES UN LARGO INVIERNO

España es un largo invierno.
Thomas Merton

El invierno va a quedarse vacío.
Dientes de hielo —flor árbol asesinado—
huecos con ecos resumiendo
en vacío el frío interminable. Blanca
y no cándida la nieve distribuye
la muerte donde antes
la llama ardió, el deseo
o la fe poderosa —con un gusano dentro—.
Los ojos minerales de la fiera —enigma o toro— petrifican
el clamor de las lanzas, invernales
espíritus, que yacen —moscas mierda
de perros— en rincones
señalados por una cruz de palo
—con su gusano dentro—.
Bizqueando,
tarareando —con su gusano dentro—, España pasa y duerme
—funda de hielo para el alma; cuarto
habitado de polvo y musarañas—
muerta aquella alta frente
que enloqueció de tanto estar despierta; mudo el labio,
yacente el dedo, en remolinos
de barro y nieve oculto el pensamiento; rotos
los ritmos de los gestos, muecas mudas,
bobosdecoria destilando jugo
bendito, chupadados, manosdiestras
en el mojar el pan en sangre hermana.
Inútil preguntarse: apaguemos las luces.

Esto es sólo un invierno con su gusano. Habría
que gritar a la frente de los siglos: «Hombre,
si vienes a esta tierra, da la vuelta, desnace;
que no te pesquen en la nada y traigan
a este lugar, cogido de una oreja.

En esta eterna nieve
las flores mueren y los dioses ríen».
Nunca España —su sueño—:
sólo un gordo gusano devorante.

MIRO EL ÁRBOL DORMIDO...

Miro el árbol dormido en su aroma verde
y las nubes que pasan transportando los sueños.

Alma mía:

¿dónde te fuiste?

¿Dónde te fuiste, agua, fuego, tierra,

qué montañas

has escalado y cómo

estás de nuevo entre los hombres

purificado el rostro de ayer?

Con cuatro rosas

inmortales —una

enterrada en el reino sagrado de las sombras—.

He velado y pagado mi tributo: te amaba
pero dejaron hielo caer en mi memoria,
los caminos llegaban a países nocturnos,
sopló el viento las luces, se enroscó, como perro,
el tiempo y su mudanza:

¿Cómo encontrarte, imagen

y salvarte, semilla,

de los aires ardientes?

Una voz, dentro del sueño dijo:

«Sigue: desenreda el ovillo, regresa

con los hombres, carga

con las letras impares que te dieron...».

Sólo tres rosas quedan

de ese largo camino: una

muerne continuamente —la boca saturniana

que insaciable devora—.

Las otras viven siempre sobre el pecho del mundo.

Nadie pregunte su destino.

LIBERTAD DE LA LUZ

Alguna vez he de volverme
y mirar hacia atrás. No sé
si habré de dirigir mis ojos hacia arriba
o hacia abajo, pero tú, a quien no escribí un *poema de amor*
y di más que el amor, comprenderás
(¿He dicho que no creo en el amor
sino en la luz? Amor... He visto demasiado
esas palabras: conteniendo la vida,
engalanando la muerte, arrastrada por lechos,
desvaneciéndose en los idiomas —*love*,
liebe, *amore*... *amore mío*, amor: sonidos,
confusión de sonidos que ocultan
algo. Luz: tan sólo en ella creo).

Nadie es su voluntad: es su destino.
Ni es sólo su presente: es el pasado
y el futuro también —un peligroso borde
donde, no siempre ciegos, caminamos—.
Inevitable despeñarse
mas tal vez no terrible. La luz sólo
puede liberar a las sombras,
derretir sus cadenas,
dar a las aguas transparencia y vida,
aire al espacio clausurado.
Y el presente de ayer
no es ya más una soledad sin sentido
en que se puede llamar amor a las sombras.
Porque ¿puede ser una garra el amor?
¿Puede ser un desierto el amor? ¿Puede ser
una alta muralla?
¿Podría haber sido, yo sola, el amor y el amante
viendo otro cuerpo donde nada había?

No sé: ¿cómo saber quién fui, quién, ellos, fueron,
sin luz?

Yo, a mí misma,
regresaré por esa luz —semilla de una luz ahora—
restaurando los rostros mordidos por el tiempo,
ordenando la casa que me habita
—puesto el mirto en los vasos
en honor de las sombras ancestrales—,
porque no hay que renunciar a la pena,
ni al testimonio de los escombros,
sino a la destrucción.

Porque ser o no ser destruida,
sólo depende de mí: de que mi mano
tape la luz o la deje pasar
por el pequeño espacio que entre mis ojos vive,
hasta el fondo infinito,
y me incluya en su círculo.
En ese día inacabable
en el que los vocabularios se fundan en la luz,
y sea suficiente mirar,
¿para qué llamar nada a nada?

VIEJAS VOCES SECRETAS DE LA NOCHE

[Ferrol, Sociedad de Cultura Valle-Inclán, colección Esquíu, 1981]

VIEJAS VOCES SECRETAS DE LA NOCHE

I

A un árbol doble llamo soy. Hacia opuestos caminos
sus troncos van. Y la raíz no sabe
a cuál de ellos nutrir, amar, reconocer.
Arduo fue para uno de ellos —el que mira a poniente—,
caminar sobre horas derrocadas
que tuvieron su egregio momento, de voces
sin sonido —boca
como pez que se ahoga en nuestro aire—,
de cabellos que huían
dejando a un lado la fuente que sonríe,
a otro la fuente que lloraba,
no bebiendo en ninguna, cruzando
sobre cuatro ríos, sobre cuatro puentes.

Sobre cuatro puentes,
con la muerte y la vida a la izquierda
—ancho mar cambiante—,
la otra rama va.

No llega.

Siempre isla

sin vocación
—entre cuatro ríos, entre cuatro puentes—,
ni ancla, la raíz
no tiene ganas de levantar el pañuelo:
está mojado y cae. Carece de papel,
lápiz, botella que navegue a otras manos:
juega con sus mengues
mientras su rato de isla transcurre.

Inútil enviar mensajero —que almendro pudo ser—
a reunir las piezas del mapa de las sombras;

a que por mí averigüe dónde
dejar doblados los recuerdos; qué imagen
grabar en las memorias fugitivas.

Viejas voces

¿lo dirán en mi oído?
Han borrado el camino hacia las cunas
y le llamamos muerte a los regresos.

¡Cómo nos han confundido los hombres,
el zumbido lento de sus cerebros!
Trabajar en sus mentes
es oficio engañoso. Sus ciencias y artimañas
expolian la materia de su entraña sagrada:
la hacen útil, mortal y transitoria.
Cuando los siento reinar sobre el mundo
y gobernarlo pisando las hormigas,
atropellando a los perros,
sin detenerse a mirar a una gallina coja
ni parir a una gata —con su hondo
desconsuelo de gata, madre
como cualquiera otra madre de ellos—;
cuando los veo tocar, palpar,
codiciosos,
lo que otros, con trabajo, extrajeron del huevo de la tierra,
echando en sus espaldas temporales la labor de los siglos,
y sólo es, para ellos, cosa, bulto
que usan, que se comen, que merecen,
no me extraña que ardiera aquella mariposa
ni que ahora sus cenizas giren entre las ramas.

Mas debo, entre los días, esforzarme
en que las noches me parezcan noches
como antes, como siempre, como a todos.

II

La noche es ahora oscuridad
y caminar por los cuartos que ilumina la luna.
No temer

las lentas sombras de los árboles
sobre bultos de muebles apagados;
oír, tratar de oír, de sorprender, mejor, las voces
que parecen de fuera y son de dentro.
La noche es andar y andar, conjurando, tejiendo
—no para darles vida, sino digno reposo—,
todo lo que olvidé olvidándolo. Memoria:
el espejo infinito sin azogue.
¿Cómo se han apagado tantas luces eternas?
«Eternas», yo decía. Sí, eternas.
Pero apagadas. Lumbres apagadas.
La noche es caminar
buscando ángulos de luz.
Caminar, escuchar, esperar... Lo sorprendente
es que la historia es vieja.

III

Ya no sé si la noche
lo es también para mí, como tampoco
sé quién me dice: «Dilo».
Y lo digo —escribo— y ahí está: mirándome en sus letras;
dejándose mirar y que pregunte: «¿Qué quiere decir esto?»

Siento como una presencia en la oscuridad.
Una presencia que no toco aunque mis dedos
casi la rozan. No como a una seda
sino como a un amarillo profundo
sobre el que un rey y una reina se amasen.
Y hay un río —me lo dice la noche—,
que corrió sobre piedras

y lavó sangres y armaduras, bocas de caballos
sedientos; un río de amor
cuyo sonido me llega de muy lejos
y al que no quiero regresar. Pero corre
por mi apagado corazón, como la voz que dice:

*En la sala está la dama
namorando su cojín...*

Mas la dama se va por un camino de rosales en sombra
—se oyen surtidores, cruzan aromas, murmuran dueñas—
y bajo la luz de hoy recojo del pasado
un almadraque, con unicornio en su raso podrido,
sobre el que un rey y una reina se amaron.

IV

Silencio, negra puerta que me excedes,
como un halo que arrastro o que me lleva;
enorme puerta sin una mano de oro
para llamar y que alguien oiga y abra.
Te veo. No te ve nadie más que yo. Te palpo.
Pongo mi oído sobre ti: la noche
es lo que oigo. Y no comprendo
por qué esta puerta que en mi cuerpo crece.

(Una puerta que es mucho mayor que mi cuerpo.
Una puerta que desborda mi contorno).

No llamo a esa puerta, no la araño, no grito.
Espero.
Llamaría, la arañaría, gritaría
porque va a amanecer y quiero oír
las voces que murmuran tras la puerta,
tras la piedra. Sí, tras esa sombra, es cierto.
Una puerta en forma de sombra.
Una pregunta en forma de puerta.
Una pregunta ensombrecida de distancia.

TREGUA

Las horas de vigilia se fueron anunciando,
como un leve y lejano punto de luz,
entre un dormir y un despertar.
Luz que, en el horizonte, se fue elevando, altísima,
solitaria en la playa del final de la tierra
e invadió, lentamente, todos los territorios.

Ahora

sólo espero el silencio de ese inmenso día
que a todos los abarca. En esta orilla,
por esa claridad maternal y templada
que los guardó, regresan
los que creía pasto del olvido
—tiempo, padre, cuentas mi propia historia
para cerrar mis ojos con piedad y despacio—:
veo alzarse las manos que me fueron propias,
mirar que poseí, cabello
que me fueron cortando, sobre el suelo
—qué brillo, qué esplendor,
cuánta esperanza bajo la tijera—.

Regresan

como cuerpos que olas devolvieran
—náufragos y salvados,
ardientes y distantes—,

con la misma

inquietud que los días no borrarán,
con la misma pequeña desventura
interior, y el desamparo
que tan propio les fuera, sobre el hombro.
—Cuántos años mirándote a la cara, mundo,
para saber si te gustaba
mi manera de atarme los zapatos—.

Aquí, bajo esto a lo que llamo luz,
he recogido suficientes violetas
para ponerlas, mundo, sobre tu aprobación
—que ya no espero—;
sobre tu olvido
—que ya he dejado de temer—.

DEL CAMINO DE HUMO

[Sevilla, Renacimiento, colección Calle del Aire, 1994]

BUSCO SEÑALES EN LA PIEDRA...

Busco señales en la piedra
que ordena sombra y luz, cuadra
el círculo y lo sostiene
sobre el yacente corazón y, alta abuela del mundo,
almohadilla relatos en su agostada piel.
Busco signos que ya no animan
lo que contaron pero laten
con helado fulgor que nos excede
y derrumba. Busco
lo que quiere ser dicho de nuevo y espera, y
debe ser resucitado
a pesar del musgo y el viento,
de la lluvia, del hierro de los hombres
y su tesón para demoler; del reinado
de la basura
y las dolencias de los seres sin vida.
Dedos que llaman desde la piedra,
garzas que murmuran, batallas
inmóviles, caracoles
sobre el acanto sin espinas, detenido
su milenario caminar.
Últimas luces,
derramadas por el ocaso,
mojan el bulto de unos montes, lejos.
(¿De allí vinieron?).
Y la piedra
se adormece de nuevo con un suspiro.
Desciende
la noche; libera
sus criaturas de silencio y sombra,
y disuelve los lugares de tránsito en espera
de otro día, otros pasos.

Y no tengo luz
aunque venga de ella.

Signos
que nos miran llegar y desaparecer
con la esperanza de ser llenados de nuevo,
calentados con la saliva de nuestra edad,
repetidos, multiplicados
en un rumor de hombres y martillos.

Manos
que se tienden, bocas sin voz.
Y otra noche
borrándolos.

PROFUNDO COMO LOS RÍOS

My soul has grown deep like the rivers.
Langston Hughes

Rostro negro de soledad,
en tu sudor toco la nieve que se abrió en el aire.
Regresan las agujas de hielo bajo el sol,
y me encuentro, al perderme, en el lino cuajado
o en el deshielo súbito

de otra mañana:
aquella en que el narciso despertaba
a su esplendor efímero.
Amado rostro negro de soledad, tocarte desearía;
recoger en mi uña el destello de ese sudor
como si recogiera, uno a uno, los días que te envolvieron
y hablaba como tú.

Y, sobre todo, me rebelaba con esperanza.

Tu casa está sobre el jaspe y el zafiro,
sobre la calcedonia y la esmeralda,
y sobre las otras siete fundamentales
sin exceptuar la amatista.

Los vientos, por ti, se han detenido en
sus cuatro lugares.

De soledad
están pobladas tus calles. Y de lejanía
oculta tras doseles de arena.

En las noches de estruendo y orgía,
copas volcadas y cruces llameantes,
has ocultado tu corazón bajo una gardenia
y la armonía, desde tus manos,

—Si yo volviera, ¿adónde volvería?—
ha embriagado las sombras.

Si yo volviera,

dibujaría en la pared de mi prisión
nombres fugaces, las palabras
de una antigua canción, un teléfono viejo
con el cable cortado sobre el pecho
de una mañana, un libro sin abrir,
el blanco sobre el verde
y un ave del Camino de las Ocas.
También lo que traías, rostro negro de soledad.

LA CASA

Dentro de la casa no hay polvo
ni las ventanas están mordidas por el largo olvido,
aunque te preguntas qué hacen ahí esas hojillas verdes
que alguien fue poniendo entre las junturas
y las acaracoladas rejas que vencieron al moho.

Sabes que dentro de la casa es hace muchos años
y que hay luz: se derrama desde una lágrima sonora. Los peldaños
de mármol, el cristal, el suave olor y las ondas
doradas de aquella visitante, ocupan su lugar, su tiempo, su sentido. Aromas
de plátanos maduros, la calle —lejanas y amarillas
tierras, nombres de pájaros...—. Entonces
quién estaría naciendo, quién muriendo,
quién doblaría las esquinas, qué pregones,
cómo y quién vendría de camino y con qué mensaje
para ir tejiendo la sábana de vida —¿podría
haber sido otra vida si otra lanzadera...?— que ensombreció la casa

Ha manchado la niña

la falda a mi mujer... Color ciruela, el traje.

Mujer de rubias ondas,

ahogándola en la mancha que se extiende,

en su forma ilusoria por los años: «Nuestro oro

no es el oro común. Tú, sin embargo,

has demandado al verde...».

y la apagó dejándola en la acera
sola, ignorada por las otras que la sostienen
aunque la han desdeñado.

Te preguntas de dónde
llegaría el olvido a morder sus cristales,
entreabrir las ventanas para siempre, forzar
las puertas que yo no me llevé —¿quién
las abrió o cerró: la mano última?—, poner

...temblor en los cuadros torcidos,
en los vidrios de la ciudad
sobre el pez...
briznas de musgo y jaramago y un cuajarón de sombra coronándola
en el brillante azul de la mañana.

Desde la lágrima de luz, y desde el nido
de la memoria van hacia ti sonidos,
roces, voces, ir y venir que alcanzas
desde esta orilla. Tus dedos
rozan tus dedos. Y la casa durmiente, cuya luz
sólo tú reconoces en tu olvido,
parece más secreta en la ruidosa calle.

ORDEN DEL SUEÑO

I

Cuando entré a despedirme de los ámbitos
a los que ya rendí mi adiós, mas no mi olvido,
la amada sombra estaba recortándose,
cual negativo de una antigua foto,
sobre lechosa luz de día que declina:
oscura luz o sombra iluminada,
símbolo, pudo ser, de una terrible
desdicha.

 Mi sorprendida mano,
que hallarse sola se creía,
puso luz en la estancia, no en la sombra,
ni en el enigma que el tiempo me acercaba
para borrar, con cada beso sabio,
un dolor.

 Ya pasados, recordarlos no puedo.
Se me fueron sus nombres y ocasiones.
Sólo hablan en mí sus voces confundidas.
Y ni eso, a veces: un viento que se aleja
entre golpes de mar, nieve que cae.

 A través de los sueños
se abre paso el olvido, y los rencores
decaen, lentamente, como otoño ante invierno.
La noche y sus preciosas criaturas
limpias de su pasado miserable;
salvadas de ellas mismas, de mí misma,
de pie sobre otra tierra: un paraíso.

II

Cerré los ojos a la luz sin nombre
y los abrí en el sitio
del que nunca me fui aunque los días pasen
y las formas —las sombras—, los sonidos
la turbamulta del color, los arduos
desvelos se alíen y sacudan
 sus iracundos puños ante mí.
Nunca me fui
porque quedó pendiente una respuesta;
porque quedó escindida una palabra;
porque quedaron trozos en el suelo
clamando por imagen, por sentido,
por unidad que solo el sueño otorga
 —quebrado el vaso,
 perdida el agua—,
e impone, al despertar, una paz llena
de vivida ocasión, de encuentro cierto.
 La amistad entre sombras
reúne cuerpos muy distantes,
devuelve, sin ruptura, las voces ya olvidadas
y pone en las palabras —su reflejo—
 la razón nunca oída.
 De esos seres
yo no tengo recuerdo
 —son quienes nunca fuimos—
 pero sé que son ciertos,
y su callado paso, bajo la luz sin sombras,
deja huella en el mundo que toco y que no es firme
aunque en él caiga, sola, cuando los ojos abro.

III

En el principio sólo fue una espalda,
una obstinada nuca, oscuro
el cabello que ya no puede ser.

 (Veló la luna de los sueños
 a quien mostrarse no quería).

Pero la lluvia, los ponientes,
el musgo, el llanto que supuran
los zapatos, la ropa, las columnas
que se rompen, se aja, se desploman;
la sombra que nos deja en un camino,
y la candela, o la ceniza,
fuego de ayer, esplendor del vacío

 —nada muda, si el tiempo no la hiere,
 la persistente voluntad de un sueño—,

al rostro oculto condujeron
hasta la luz.

 En el silencio
 —y en sombra interna—,
el rostro, preservado de la ofensa del tiempo,
era aún el que fue un día ya olvidado.

IV

El despertar me dijo un día
que acaso un sueño es eco de otro sueño.

DEPÓSITO DE OBJETOS PERDIDOS

A Fernando Bores

Mar de la luz, continente de oro,
Avalon donde espera lo que ahora es olvido,
el deseo no hace que los ríos regresen:
correré más que un río para verlos venir.
Moriré antes de tiempo para encontrarlos vivos.
Viviré menos tiempo para vivirlos más.

Continente de oro, marco de la presencia
ungida por el sabio perfume de las horas,
no te toca el aliento amarillo que pudre
ni el fuego que reseca los esfuerzos tempranos.
Vives en los desvanes de las grutas que mecen
con su frescor los nidos tiernos de la memoria.

Continente de oro, mar de la luz, ruinas
son heridas fugaces que en tu seno restauras:
la hierba, aunque la sieguen, permanece en su tallo,
la boca, aunque esté muda, en su frescor se goza.

INCLUSIONES EN UN ZAFIRO VIOLETA

Quizá en el territorio del zafiro
los puedas encontrar.

Se reconocen en la lejanía
de haber sido, sin ser jamás ni voz ni tiempo
sino sólo recuerdo que, como ciega, palpas
en la incierta pared de la memoria.

Siempre jóvenes son,
aunque las hojas de todos los otoños unidos
intenten acercárseles.

Pero nunca los tocan. Los años, con respeto, se arrodillan
en los umbrales del zafiro, que es urna y universo.

Tal vez la muerte, un día,
suprimirá el espacio en que dialogan
las sombras fieles de quienes nunca fuimos.

También, entonces, tú habrás muerto.

ZONA DESCONOCIDA

[Sevilla, Fundación José Manuel Lara, colección Vandalia, 2006]

PALABRAS

Son palabras ya ajenas
recogidas por otro aire,
y en no sé qué otro ámbito,
pero sobre este libro que ahora ojeo,
tarde y en la noche,
es como si vivieran. Quizá vivan aún.
¿Cómo ahora será quien las vertía
sobre papel que ya no reconozco?

Se acercan por los años aunque se fueran aviejando
desde que gotearan de una pluma,
y su brillo, apagado y lejano,
sabe a hoja amarilla.

¿Quién eres? ¿Cómo fuiste?
¿Qué frío establecía la distancia
entre palabra y corazón?

Y, sobre todo, me pregunto,
qué tinta, qué papel nunca escrito,
quemado por la espera, como toda esperanza,
fue a parar al rincón de los desechos
con aquella pureza, con tantos ideales.

PATIO INTERIOR II

Para Jacobo Cortines

Fuente de mármol oculta entre la sombra
la sombra es una fuente
cuajada, un lado frío
desprendido de luz de arriba,
de un cielo alto.
arropada en lo verde
La conocía y se envolvió en su sueño,
rara manera de esperarme
y en sus chales de olvido
en el mismo lugar,
por los años opacos agrupados
en cuidados urgentes y diversos
que tejieron las manos de las horas
que también se olvidaron.
La reencontré
aunque olvidé cómo era ella
y quién fui yo
la sombra no era sólo la fuente
cuando su frío me tocó en la espalda
porque este cuerpo,
esta ropa de ahora, esta edad,
sino la urdimbre
son otro muro que no deja
pasar la luz de ayer a la de hoy
de muchas calles entre muchos trenes.

¿A quién puedo tender las manos?
¿Quién me tiende las suyas y las mismas?
Cierro los ojos para abrirlos
hacia adentro: grandes hojas verdes

las encienden soleados encajes
oscuras, húmedas de tiempo y de otras vidas,
me miran desde abajo y me pregunto
a quién verán.
antes de que cierren sus ojos.
¿Y si me viesen?
¿Y si acaso estuvieran sonriéndome y yo
no las entiendo y yo pasaba
rozándolas quizá,
sin verlas todavía?

THE GHOST AND MRS. MUIR

Percibe una presencia que no está
en quien se cerca y desconoce. Oye
vientos de otro lugar
aves con otros cantos: pisa
baldosas de frío y óxido.
Y el traje color de brezo
¿dónde está? Se despiertan
los fragmentos perdidos del espejo
estremeciéndose bajo el musgo dormido
que tantos años los cubrió,
y se miran, inquietos,
en este latir nuevo.
Lo que no tuvo nombre ni presencia,
ni fue reconocido ni vivido, se impone.
Sin ruido
se derraman los vasos
de oscuridad y la luz intensa
invade el silencio.
Una hora
que se escapó del tiempo,
un tiempo que ya no tiene espacio,
en un supermercado,
entre peces y panes
y el ruido que deja de oírse
mientras la creación
se amplía en la distancia
de dos desconocidos desdoblados
en otros que no fueron. Ni sabrán quiénes son.

QUISIERA COMER LOTOS

¿Qué es lo que hace que ese viento,
vestido de señorita,
cruce el papel taconeando?
La tinta es hilo
con que coso al papel sombras que pasan. Coso,
pego al papel, las letras en relieve. Como cuerpos
delgados caen
de perfil
y no puedo engancharlos, levantarlos
de nuevo, con la pluma, y devolverlos
al lugar del que el viento, vestido de señorita,
los trae: al frío, al sabor dulce de los lotos que impiden
regresar. Emanan
desde ellos un perfume amarillo y múltiple. Primero
el de la leche de una madre y su niño
—mi única aquiescencia anterior a la muerte—
entre los olores de intimidad,
como los del jardín y sus grillos
de sueño y noche, yo misma tierra, yo tormenta, yo nada
entre la nada, palpito del mundo, respiración
del pájaro, del gato, de la caracola de los muros,
del agua de la alberca; o como los olores de las casas
en que nunca vivimos pero alguien, en nosotros,
y a pesar de nosotros, recuerda;
o el del jabón de mamá Aurora, que se apagó,
rosa, el jabón y el colorete
en los lóbulos de sus orejas;
o ese otro olor seco
y fresco de baúles —de mundos—, frágil
olor que podría astillarse, hacerse polen
de oro, donde nunca encontré lo que buscaba.
Y ahora me doy cuenta
de que nunca he sabido
qué buscaba en ellos.

Y entre todos, en un fondo pretérito,
el olor abrigado del estiércol, padre de la vida,
recordado más tarde en Santillana
del Mar.

Luego, olores tardíos de familia viajera,
olores como ecos de otras amplitudes,
de un mundo quizá hermoso y de aventura
que nunca conocí; o el perfume de la madera
cepillada en rizos de oro, allá en el sur;
o el de aquella madera, casi bíblica, de un Pond,
en Maine con sus viudas y sus barras y estrellas
solitarias.

También
el denso y enigmático
de casas habitadas por ancianos sin nietos,
restos abandonados de la primera guerra,
asidos a mi voz como a una balsa.

Tienen cuerpo
las letras con que se acercan esos viejos olores
que se instalaron en mi biografía
aunque ninguno me pertenezca.

Y sin embargo
quisiera comer lotos y que no regresaran;
quisiera descoserlos del papel,
enganchar de nuevo, con mi pluma, sus relieves
de tinta, devolvérselos.

¿Pero a quién
sino a mí, donde sus almas viven para siempre?

DE LA MIRADA INTERIOR

¿Dónde cae esta nieve que aquí no cae?
¿Dónde se oyen las voces que aquí no oigo?
¿Dónde estoy cuando miro, sin ver, los techos
o los cielos que pasan quién sabe a dónde?

¿Se repiten los cielos? ¿Son siempre otros?

En el muro que soy, pinta una mano
las figuras cambiantes de la memoria.
¿En dónde detenerme para encontrarlas
como son, como fueron, como me hacen?

Los nombres olvidados, ¿cuándo los dije?

Nombres que me labraron o destruyeron
en el fulgor que oculta mi solo nombre;
esplendor que llamamos vida y que sólo
 nombra al puro vacío, al polvo incierto

del silencio infinito tras nuestro paso.

Todavía otro esfuerzo... Hechos de añicos,
nieves de otro glaciar, huellas borradas,
miradas que no miran sino a horizontes
que aunque sean los mismos semejan otros

cuando veo esta nieve que aquí no cae.

¿Llamaría tortura a los haceres
del tiempo en lo que todos llamamos alma?
La palabra es espejo, nube dispersa,
forma que se deforma tentando ecos

y final estructura de esos paisajes
en los que el sol muriente al fin descubre
aquello que creeremos que nos contiene
mientras el mar se apaga con nuestros ojos.

LA PRIMERA

¿Cómo lo dijo, cómo
encontró los sonidos en su boca de barro,
y ordenó el aire de su pecho,
lo reunió todo con ritmo y orden
para ser entendido, ella,
la primera, la sin memoria,
sin hoy
ni ayer
ni germen ni más atrás?

¿De dónde vino la sonrisa
lo soñado
acunado
en el húmedo lecho de lo que no era el mundo?

Por qué ella,
la sin historia, la sin otras
que, antes, la enseñaran.
Tuvo que haber un nacimiento
de lo llamado amor, dolor, aroma, intimidad,
amanecer, crepúsculo, roce de otra mano,
llanto de niño, primer llanto
de mujer. ¿En qué lugar, cueva o arbusto
florecieron preguntas, rosas negras,
sin raíces también para la sin raíz,
rosa primera, sin semilla ni esqueje?
Sólo ojos tuvo para ver lo sin nombre
trepando al pensamiento,
ese fuego intocable que no quema,
hasta alcanzar el grumo de un sonido
que ella amasaba
para dar forma donde no la había.
Quizá la piedra o la sagrada encina
se hermanaron a ella
y repitió sus voces
sin saber qué decía en su tierno alarido.

DEL OLOR DEL HUMO

Del olor del humo,
¿cómo huir del olor del humo,
del llanto sin lágrimas, del hueco
en el lugar del corazón, de la mirada
hacia el abismo de la mirada, de la mirada
rota en el muro de la ira? ¿Cómo
escapar de portazos, gritos, cómo
taparse los oídos con silencio y ríos
de apacible transcurso?

Y los ojos,
cómo cubrirlos
para no ver al hombre que, triunfante,
marcial pasea entre cruces blancas
desafiando al sol: su homólogo, dice,
de Normandía, de Hiroshima donde no hubo cruces
sino pus, y de los territorios
donde nunca las hubo porque espantan:
están en lo roído y desangrado,
lugar en donde caen
dientes de oro, anillos, zapatos sin sus pies,
trapos que fueron madres, padres, vendedores de fruta,
viejos en sus puertas beben té, cuando el humo...
Y se arrastran.
A dónde regresar si todo está callado —se oye más a los muertos
que ya, de muertos, están acostumbrados
a la postura del morir—, y en el silencio
solo hay un silencio dentro de otro silencio
con la espalda arañada
con las uñas quemadas
por las piedras.
Fueron dedos de oro.
Y ya no queda nada: se bebieron su grito,
su arrebatado movimiento.
La dejaron sin alas, manos, palos.

PALABRAS PARA CANTAR ALREDEDOR DE UN TEMPLO VACÍO

¿A quién oye Dios en tiempos de guerra?

Mi hermano pequeño, Armando Fernández, del 3º de Infantería en Kuwait,
está en el campo de batalla, pero es nuevo en la guerra. Dios, espero
que lo devuelvas sano y sin daño en su cuerpo o su mente.

Pero ¿a quién oye Dios en tiempos de guerra? Tendremos
paciencia con Dios porque Él oye a quien no tiene prisa.

Y ¿cómo se llama ese trapo, esa mano sobre el polvo de su casa, después
de apagada la luz de la bomba —fuegos artificiales, dijo un tipo? ¿Y a cargo
de qué Dios el aliento que escapó de su pecho? Ya lo dije:
tendremos paciencia con Dios —con los tres que poblaron el Edén destruido—
porque oyen, sin prisas, las preguntas superfluas.

¿Y Sarah, Sarah Bolte, mi hermosa primogénita? ¿Y Rafael?,
dice su hermana desde Alá. Fueron uno en la sangre y opuestos
en la fe: que lo proteja un Dios, quien quiera que éste sea.

Gustavo transporta en su avión ¿cien bombas?, pero Ben Wilkey
espera un nuevo hijo, y el sargento Richard
firmaba documentos cuando tuvo que dejarlo todo: estaba
comprando su primera casa. Pero Dios
¿qué habrá hecho con esos documentos? —sabemos
que nunca tiene prisa—. Si regresara Richard, sano
en su cuerpo y su mente,
comprará la casa con dinero de sangre, y los escombros de Bagdad
inundarán su *living room*. No lo entenderá su mujer,
ni los hijos que nacieron, ni los vinos de la vergüenza.

Lee Morales no creía en la guerra. Ni aunque lo dijera la Biblia.
Pero el largo desprecio de los dioses

que no supieron convivir en Bagdad
llamó a Lee Morales para matar por ellos. Y mata
quien acariciaba palomas.
Benito, Ryan, Miguel Machado... y gente sin nombre
que cruza caminos, que va a ningún sitio, que mastica arena,
que no espera nada de los cuatro ángeles que secan sus ríos,
que Dios os levante en su mano.

Y la niña de Basora, ya para siempre niña y vestida de colores,
pregunta: *Dios, ¿dónde están mis pies?* Y lo pregunta siempre:
a los salvadores de sus desiertos, que no la entienden,
a los escombros de sus tres religiones, que no se levantarán,
a la dama desconocida que habla otra lengua,
vecina de ella en una página: *¿Quién
se ha llevado mis pies?*, dice una vez y otra. Pero ya sabemos:
hay que tener paciencia.
Los dioses no responden a quienes tengan prisa.

REGRESA EL PÁLIDO CABALLO

...todos los muertos inquietantes, recordados.
Kenneth Rexroth

Ramón Sender lo vio como testigo,
en enero de 1933, cuando las llamas
improvisaron un verano
para andaluces con hambre. Buscaban
lo que a otros sobra, pero todos han muerto
y él ya no contará el segundo fuego
del año 2005, en *Casas Viejas*,
cuando ardió la memoria para siempre.
Con frecuencia releo las palabras escritas de Ramón
y me parece oír entre los signos
su acento aragonés nunca perdido en el destierro
que es la patria de tantos españoles absurdos:
*la comida para cinco días: dos panes
y una cantarilla con vino.* Luego describe
a una mujer sin rostro: *ella calzaba
alpargatas con remiendo de suela
vieja y de saco.* ¿Hacía frío aquel enero
o el sol brillaba indiferente? *Francisca Lago
asomó un instante entre las llamas, en llamas
la ropa y el pelo en llamas, dando alaridos.*
Continúa el testigo rindiendo
fiel testimonio de la verdad: *los cinco
que quedaron bajo las brasas rompían
la tradición española: sobre ellas
todos los anteriores,
desde Numancia, Valladolid, Toledo.*
Los de enero del 33 murieron debajo.
Eran pobres, pero ardían lo mismo.

Huele a incienso
lo que grabó la mano del testigo
en la piedra invisible del tiempo

pisada por los hijos que les niegan
subir a clase heroica

(Numancia, Valladolid, Toledo, etc.)

...el fuego fue apagándose...

...una fosa cuadrada

con los restos humanos cubiertos de cenizas.

Sobre ellas,

los hierros abrasados de la única cama,

se quejan.

Llovía. Se oía el mar. Callan las encinas
porque el viento ni roza sus hojas sagradas: miran

cómo el campo de golf devora lo sagrado,

el barro de los muertos

da cuerpo a las paredes de un hotel.

Y la diosa blanca de ojos sin párpados,

desde entonces,

continúa llorando hacia adentro.

La mano del testigo ya se hizo cristal

en las aguas de Núñez de Balboa

donde polvo de estrellas le sirve de almohada.

Los otros, cenizas nunca redimidas,

divertirán a fugaces viajeros.

HABLANDO CON UN HAYA

[Valencia, Pre-Textos, colección La Cruz del Sur, 2010]

EL AGUA DE LOS CÁNTAROS

Chica, olvídate de ti. Comienza
por los pies, tan lejos de tus ojos, tan perdidos
por los muchos caminos que anduvieron
pues ya no son los mismos que, doblándote,
alzabas a tu boca que no era
la de un bebé aunque durante años
morder pudiste el pulgar inverso.

(Por qué ahora reaparece
el rojo sangre de una adormidera,
su terciopelo real
en el jardín perdido
que inmenso parecía y luego más pequeño
a tu regreso de otra parte).

Olvídate también
—ya que hemos empezado por los pies— de tus talones
golpeando locamente, en tus carreras,
la parte que no nombran, educadas,
las de tu clase: ése era tu modo
de comprobar que estabas lejos de las envaradas,
de las alzadas en tacones de aguja.

Olvídate
de las manos, del resto
que se va diluyendo en la costumbre
de estar contigo desde hace tanto tiempo.
Ya no lo oyes, ya no te interesa,
a veces se te olvida que es a él a quien nombran;
que te pareces a tal o cual o se parecen
otros a ti.

Pero no sé... Tal vez no sea justo
decir que olvides. Alguna vez regresarás
de tan largo viaje. Y llevarás contigo
el papel en que se escriben los recuerdos,
el lenguaje y la pluma: lo que nadie
jamás podrá leer.
Sí, recuérdalo todo: es lo único
que te puedes llevar al punto de partida.

Cuando nadie
derrame ya por ti
las aguas tristes de los cántaros.

EL HOMBRE QUE CUIDA EL RÍO HUDSON

Por Pete Seeger y su poema «Bach at Treblinka»¹

Parado en la distancia,
no lo veo. Nunca lo vi. Sólo oigo, como entonces,
su guitarra y su voz antigua
cantándole a los peces
y a los soldados que murieron
durante aquella guerra sin sentido
en la que amigos y enemigos
usaban las mismas chanclas.
Hoy vino, aunque yo no lo viera,
para cumplir noventa años con los suyos
los que creen que ha llegado
el tiempo de la esperanza. El río,
nacido de lágrimas de las nubes,
al oír su voz
se siente tan seguro como los soldados que no pudieron oírlo,
y las aguas doradas que esparcen sus ecos por los acantilados
y los caminos desordenados del arco iris,
repiten con él: *esta tierra es nuestra*.
Pero las voces que cantaron
se fueron hace mucho tiempo.
Sólo la suya permanece.

¹ You're one of us now / Johann Sebastian Bach. / Your statues stand / but you /
chained in your own score / were dragged to Treblinka / where murder and music /
go hand-in-hand.

HABLANDO CON UN HAYA

Movidas por el viento
—¿o ellas mueven el viento?— dicen
adiós, adiós, o ven, ven, ven...
Las pombas cruzan, atareadas,
de un lado a otro, con sus propios mensajes.
Y de pronto, como cansadas
de tanto musitar contradictorio,
las hojas se detienen para decir *no, no...*
Y parecen callar,
mirándome desde lejos,
reconociéndome, volviendo
a murmurar entre ellas.
¿Hablan de mí?

De nuevo
rotundos monosílabos sin lugar
a dudas ni a esperanza: ya no hablo
en su idioma antiguo.
Bajo un azul que no es azul,
la vida de lo verde quemándose,
caminando a su barro,
a su humedad profunda,
a su retorno al vacío
en el que todo es uno nuevamente.

Esa mujer de cabello revuelto
que habla con los árboles,
busca en sus bolsos palabras que no encuentra
para evitar los caminos, los bordes del miedo
y los umbrales de las puertas selladas
que no ve. Pero están. Y tropieza con ellas.

Silencio
y otra vez,
puntualmente,
monosílabos entre las hojas agrupadas.
Más que yo cuando escribo
(tampoco sé de dónde vengo),
más que todos los muertos de la tierra.
Umbrales, hayas, puertas... Todo sin decir
en estos tiempos de penumbras
y de viejos idiomas olvidados
que las hayas y las pombas guardan
en sus libros de viento.

IKEBANA

Desde el jardín inunda las habitaciones un pálido silencio,
fresco,
suave
como una mano sabia y sagrada desde algún espacio sin tiempo;
tal vez de alguien no creado todavía pero que sonrío sin sonreír.
Llueve. El silencio está vivo y acompaña,
se le respira y nos fundimos en lo innombrable.
Los árboles y yo nos sentimos en paz. De vez en cuando,
una gota perezosa cae desde el último dedo de las ramas de un cedro
que reina en el jardín como barco de velas.
En el monitor encendido veo el fragor de un mundo
perdido en su desvarío.
No cambiaré mi conciencia para estar con ellos. Estoy
con los árboles
y su silencio.
Y con la mano sagrada
de quien ignoro.

NADA

Es ligero y pesa,
es amorfo y redondo.
Se oye su silencio.
Se viste de ceniza.
Provoca el vómito.
Te obliga a olvidar
quién eres, qué buscabas.
Hace de tus palabras
inútiles sonidos. Se ríe
de tu inocencia. Escupe
en tu pasado y en tu fe.
Estremece su frío. Te empuja
a que huyas de ti. A esconderte
de tu pasado efímero,
a hacer inútil todo
esfuerzo por saber
en qué anaquel se encuentra el libro
que buscas. Al final
pisa el alma. Y lo sabes
cuando no puedes hacer nada
para borrarlo o redimirlo
y entonces te cuestionas
por qué viniste a este lugar tan raro,
por qué no puedes
regresar a la nada compasiva.

OSTRACAS

En las que van grabándose
imágenes, huellas, voces:
fósiles de tiempo.
Cuando ella no sea lo que es
y la piedra creciente tome
su lugar podrán leerse
las figuras completas, los signos
nunca descifrados
de lo que ya se fue,
de lo que no entendió.

PALABRAS

No morir en un mundo de silencio,
me digo.
No morir en un mundo sin palabras,
de voz en blanco y negro
o sólo en negro, quietas, titilantes
del fuego de las bocas,
de los aires del corazón sin voz.
Silencio.
No:
palabras. No. No las olvides pues te olvidas
de ti.
Paseé
sobre ellas y eran el bosque, el mundo
que habitábamos,
la luz que, somos tiempo, revelaba
la última pisada de quien fuera un ángel.
Recorría con ellas
el pasado, y lo creaban desde la noche, cual si nunca
él hubiera existido porque no son la misma
la luz de la memoria y la que vemos.
A veces
puedes atar a ti con las palabras
a quien olvidas luego, aunque más adelante
su herida te lo traiga
y entonces lo recuerdes.
Y todo lo que estaba al otro lado
de la memoria y sus enredos mostrará la pureza
que tal vez nunca tuvo: ¿cómo comprobarlo?
Eran diosas del fuego las palabras: llamas
de un mundo que ni alcanzarse puede,
aunque la boca intente
tocarlo con la mano del sonido.

El hielo conservaban las palabras: fuego, hielo
que quisieron helar, quemar y confundir.
Traspasar la palabra: herirla
de todo lo que viva y sea y se disuelva
en el pozo que ya no necesita
sonidos: al lugar al que sólo
la palabra nos lleva nutrida del secreto
de lo que no se dijo todavía.

PENTIMENTO

No, nunca olvides que has estado en mi sueño
aunque aún no lo sepas.
Formar parte de un sueño es caer a un abismo
para salir de él sin guardar la memoria
de haber roto la noche en que no estuve alerta
y me creí segura sin cerrar la ventana.
Porque después de todo, ¿qué supe yo de mí?
Sólo supe mi nombre, mi estela en el espacio,
los nombres de lugares ¿que ocupaba?,
los nombres de personas ¿que pasaron?
Tan sólo nombres. Nombres y palabras
con sonidos cambiantes según los instrumentos.
Pero un sueño es un mundo que carece de nombres
donde se oyen sonidos que ya no son palabras.
Nada llega a los labios aunque nada es vacío
porque todo lo llena lo que el silencio guarda
hasta que la semilla florezca en algún tiempo.

VENTANA

En la ventana sólo hay una mitad,
la otra no se ve: la transparente y la ausente.
La primera de ellas, ola de sal azul congelada en el aire.
La segunda, olvidada.
Sus recuerdos la alejan
del alféizar y del espacio. Se recuerda cómo fue
(y cree que aún es),
cuando cruzaba la luz de los atardeceres
y el agua era tibia y sedosa.
Sus olvidos, del color de la niebla.
Las manos le tiemblan: sabe
que nada, nadie, quiere ser amado
—a no ser algún gato perdido—, y lo correcto
es sonreír distante,
no invadir otros ojos con los suyos,
enguantar los dedos
para no tocar con las manos desnudas
hasta que el agua del vaso se evapore,
derive en vacío
y se rompa.
No sirve para nada útil.
Lejana, impersonal, la mitad ausente.
La imagen de la ventana es recortable.
De ella poco se sabe aunque conozca
ser la parte de un todo. Figura plana,
de papel florentino, tal vez se crea que camina
por lo que pudo ser,
por corredores en que la buscaban.
Pero el papel que es ella ahora
está pegado a la ventana
y nunca más se moverá de allí
sino en los sueños apagados
de las fibras que hicieron su materia. Y así
hasta el final en que una noche
le llegará una voz. Y aun estando abrigada para todos,
tendrá frío.

ESCRITOS EN LA CORTEZA DE LOS ÁRBOLES

[Sevilla, Fundación José Manuel Lara, colección Vandalia, 2013]

KAIRÓS

La niña se pregunta y pregunta
a los mayores: ¿dónde
estaba yo *antes* de estar aquí?

Su pasado en no ser estaba en *antes*,
¿dónde ese *antes* deshabitado?

¿Y por qué los mayores
evitan responderle?
Ni una pestaña de sus ojos sabe
dónde la niña estuvo.
Ni les importa.

LÁGRIMA
(FORMAS DEL AGUA)

Gotas esperan para ser bebidas
Y esperan bocas desde donde
Caer del corazón al corazón en el vacío
Esperan para decir lo nunca confesado
Desde el labio que beba emite un eco
Acción cuerpo verdad espanto duda
Telas de pensamiento esperan flotan
En el espacio inmóvil
En cadáveres de libros quemados otros
Lugares que pasamos tanta sed
Nunca podrán sanar resucitar
Entre los dedos transparentes
Y miradas hambrientas
Porque estamos de paso como si no supiéramos
Que hemos venido solo para un día o menos
Piedras con iniciales único testamento
Amontonado sobre el polvo
Nadie entiende.

ANIMAL MIEDOSO

Buscan
palabras vivas, pero todas
están chupadas, babeadas,
opacas de humedad, de testamentos.
Sospechan
que después de esa reja habrá otras rejas y al final
tal vez el agua corra por un cauce distinto.
Temen
si en ese cauce, en esa tierra no hallarán
otra reja, otra reja y otra reja y se hayan secado
las promesas, las hojas de futuro,
y nadie necesite esas palabras cuyos puños
golpean recios dientes para
lanzar un nuevo testamento.
Cada uno, en solitario, se pregunta
si al final, o al principio de su espacio,
se perderá, si encontrará la cueva
que dejó un día
y en ella, bien dispuestas, las ramas
de no sabe qué tiempo.
Recuerdan
que en la noche giraban esferas de colores. Las estrellas
se quedaron inmóviles mirándolos despacio.
Lo demás
era todo silencio.

CÍRCULOS

El círculo se expande desde donde nace
la luz. Se va alejando el límite hacia una mayor serenidad.
Nada es preciso ni seguro. No sé
si bajo el agua insiste el agua (¿es el círculo un mar de alguna parte
o de ninguna? Nada es eterno, como siempre). ¿Descansa el mar
sobre un suelo de barcos o prosiguen el agua,
sus habitantes, sus objetos perdidos, hacia lo más hondo?
«Parece que hablas con los muertos», me dicen. No:
ellos ya nada tienen que decir, guardan sus secretos. Hablo,
para dar libertad a lo no dicho. Por eso,
los círculos se alejan hacia más luz, siempre hacia más luz de conocer.

Hablo,
lo intento. Y el anillo se expande y se hace borroso
en su alianza con el fuego del sol. Yo solo voy buscando
palabras e historias no nacidas.
Estoy en el *entonces*, que decía un poeta, como si *entonces* fuera
un lugar fiel, una playa tranquila. En ese *entonces*,
es donde empieza el tiempo. De él no me he movido.
Allí, mi mano ensaya
los signos de ese nuevo alfabeto. La gata,
con su mirada verde, espera, observándome,
indiferente y sabia. Y se echa a dormir
sobre mi bata azul: se siente más segura
cuando huele mi ropa. Lo que busco, ella lo sabe
pero si duerme sobre algo mío, no tiene miedo.

PENSAMIENTO, FORMA, SONIDO

No se formularon
las palabras que necesito: el pensamiento
vaga y se rebela hasta encontrar sus formas
pero no...
Solo puede
contemplar el silencio, su manto de espuma,
envolverse en un *ya vendrán* o
las dirá alguien
algún día. Pero no estaré ni habré dicho
lo que quise decir, pues se quedó enrollado
en su forma de bruma.
Mira las piedras por si ellas...
...y no llegan porque no pertenecen
a idioma alguno todavía, esas
palabras, hasta que algún poeta las encuentre.
¿Por qué el abismo
entre sonido y pensamiento si este
es claro, y en el lugar del corazón
y la materia que es
estableció su morada? Si el velo
que lo aísla del sonido es suave,
casi transparente, casi
nada, y cae desde esa misma nube.
Un espacio mortal es el cuadrado
de la ventana
que golpea el visillo sin viento.
Mas no reconoce, el visillo, las palabras ventana
ni cristal, en el que se ha estrellado
una gota de sangre. Y esto dice:
¿qué quiere decir esto? Mientras espera,
oye la voz de Albert Camus,
muerto,
hace cincuenta años y sus palabras
dando vida a la vida que dejó de vivir.

¿QUÉ SE OÍA?
(CERO)

No había un solo hombre, un solo animal...
Solo el cielo existía. La faz de la tierra no aparecía;
solo existían la mar limitada, todo el espacio
del cielo. No había nada junto que hiciera
ruido... No había nada que estuviera en pie.

Popol Vuh

Su cuerpo vino del agua, de la tierra y, tal vez,
de un trozo de raíz que se perdió en el barro
después de un temporal.

No supo nunca que nació ni dónde se encontraba:
solo tuvo en común con otros como ella
el hecho de morir que no comprendió nunca.

Tras ella

quedaron piedras de cortar, cuencos de arcilla, dentaduras
de peces para peines, ruidos de su boca que serían palabras para otros,
dioses orejudos

de enormes labios y penes reprimidos.

Nunca vistió collares.

Pero era ella en la era del soñar

que la mecía. Sombras,

iguales o distintas,

la envolvían cuando el sol la tocaba y la música, que su oído no reconoció,

resonaba al abrirse desde sus hombros hasta el suelo,

perdiéndose en la arena que pisaba: reminiscencia

de cuando era solo un alma. Una nube.

Nada supo de ese otro ruido, chal de signos,

que la entibiaba porque nacía en su interior:

desde el agua y la tierra, de la raíz y el barro

de temporales de una edad perdida

que creía innombrable. Más tarde,

alguien le puso nombre: la creó. Y se oyó.

Ella nunca lo supo.

ÁLBUM

CASAS VACÍAS

Alguien dejó puesta la llave
y se ha ido. Nunca regresó.
El barro de unas botas de soldado
ha manchado la alfombra antes
de que el polvo del heno recién cortado
la cubra lentamente para dormir sobre ella
como un perro perdido.
El hueco desolado de las casas vacías,
donde, lejos, resuenan
fragores de batallas de otro tiempo,
arrastran el gemido de ruedas de cañones,
o el súbito silencio suspendido
que pende, interminable, de una rama
engastada en nieve. Silencio, el
vacío atravesado por fuegos lejanos,
por el lamento que vigila
el ojo adusto de la noche,
por el dolor de los que ignoran
por qué han de morir y por qué ellos
si el heno huele a hogares, a vodka,
a familias.

1812

Vio, la casa, a Pierre cuando
(separado del frío por su *burka*)
entró y salió de prisa por un vaso de agua
el día que llegó a pasear batallas:
Borodinó, fue la más elegante y bien vestida.
Era un zoo: revueltos ideales destruían
unos a otros con orgullo,
los hijos de las madres, los padres
de ninguno. Contempló

(El vaso de agua quedó a medias
junto al carbón que nadie encenderá)
la dicha humana de matar
sin pecado, de violar
sin pecado y sin pecado
arrasar los proyectos del mundo:
la cruz daba permiso en manos
de sus controladores.

La habitación, ojos cerrados, permanece
desde hace siglos esperando
ya no se sabe a quién. Y la contemplo
desde este territorio de la vida,
por si oyera una voz en su silencio,
o el quejido del papel arañado, seco,
que cubre las paredes o la indignada voz del viento
golpeando ventanas. Sacudiendo puertas
que estuvieron y quizá ya no estén.

VENTANAS

Allí están
las ventanas que Munch dibuja,
sin haberlas visto, a la derecha
del maduro filósofo de Röecken
(cuya vida era un campo de batalla)
sentado y pensativo a quien un día
conoció.

Pero eso fue después. O antes:
no se dice.

Mano derecha en la mejilla rebosada,
el filósofo piensa
que aquel que tiene patria es aún feliz
aunque graznen los cuervos,
aunque el desierto avance
por las calles y él parezca un loco
al huir por el mundo cuando empieza el invierno.

SHÖWA, PAZ ILUSTRADA

Montoncito de hombre-dios
sobre caballo blanco, demasiado
grande para el pariente de dragones, para
quien tiene el don de estar acompasado
a la diosa solar Amaterasu, dadora
de su poder divino, de poseer
tres objetos sagrados (el espejo,
la espada, la joya) y un idioma imperial
que no entendían
los enviados a la muerte. La derrota
de su pueblo sagrado, lo primero
que oyeron de su voz. Tuvieron
que verter la refinada lengua de palacio
a la común de los que apoyan sus frentes en la tierra
y comen de los muertos que mataron.
Pero Paz Ilustrada
no dice la verdad —*se ha perdido la guerra—*
sino *deseo*
abrir caminos de la paz
a las generaciones del futuro o bien
la obligación que me legaron
antepasados... Cabe preguntarse si entre ellos
se encontraba la que nació,
no como Atenea,
sino del ojo izquierdo de su padre:
la primera de voluntad agrícola,
1 en la línea del 124, sin apellido
por ser divinidad.
Él, como ella, aunque diosa y mito,
habría sido campesino hábil
pues cultivaba arroz en su palacio:
lo sentía en su sangre de heredero del cielo
cuando su otro yo sembraba
arroz en campos de agua
que a ella le ofrecía.

Y vuelvo a preguntarme si el salvador del mundo,
porque eso cree, o dice al menos, leyó a Tolstoi,
supo algo de Nietzsche, sintió la torcedura
de la guerra, reconoció de plumas
el alma de sus héroes, montañas
de lealtad
y tal vez la tortura refinada,
la soledad infinita de las guerras.
Después de renunciar a su abolengo
de sol y de dragones lo perdonó Occidente;
en el 47 se disoció de su entidad divina.
Fue el mismo año de *La peste*.
El crisantemo se cubrió de sangre.

REGRESO

El gancho de la lámpara, en el techo del cuarto,
no sostiene la luz. Tan solo el día
o la noche se ocupan
de darles realidad a los cuartos vacíos
de las moradas que atesoran ecos
que un día barrerán las máquinas, las nieves.
Fuera, la noche continúa cayendo y se evapora
la sangre, el agua del vaso abandonado.

KADISH

No hubo lugar en donde no habitara,
de donde no viniera. Lo envolvían aromas de
alturas, resplandores secretos
que más que ver se adivinaban. Iba
o venía, quién sabe, por los siete caminos
de fuentes y de grutas, de escaleras a nubes,
horizontes y espacios. Carpintero
de ribera desde quien nadie sabe,
sus maderas olían a sales ásperas, quemadas,
para sus barcas paseantes de ríos,
en la tierra mordida por lo ardiente. Niño
calcetines caídos, se arreciaba
en firmes voluntades y luego, adolescente,
que no lo era aunque a veces creíamos que sí,
construyó todo aquello que, al parecer, llegó ignorando,
como si Dios le hubiera dicho lo mismo que a Noé,
mas esta vez para su propia diversión. Y tuvo
su atarazana, su extraña habilidad
para lo no aprendido
sino arrastrado desde el lugar del que venía:
cajitas que guardaban alambres y tornillos, voces
tras una tela de no supimos qué.
Constelaciones, piezas del universo que esperaron
sus manos para abrir puertas, sobres, cartapacios,
armarios de lo viejo, cancelado o virgen
y asfódelos que no se marchitaban
por si tenía hambre.
Construyó canoas peinadoras de espumas.
...No se sabe
si temía salir a la llanura, a su mordisco,
abandonando el bosque que abrigaba
su llanto enternecido del principio o los secretos
del alma; ver la casa que divisó en su centro
aunque no la pensara todavía.

Los caminos se agotan demasiado pronto
aunque empiecen lejos, son
principio y fin de vientos
en los dedos, como ramo de aguas
o puñado de nubes.

Conocedor de voces
articuladas, hablaba extrañas lenguas: golosinas
de un menú de los zares, los *mondingos*,
de una robusta y espaciosa dama, riéndose,
de cuyo nombre no nos acordamos
y muchas otras maravillas que tan solo los niños
entendían: idioma prenatal, anillos
de crecimiento añadidos al tronco de una vida,
narradores de historias, notarios de secretos
de la sangre que nunca se detiene.
¿Se fue o regresó? ¿Hacia dónde, hasta cuándo? Volver de nuevo,
quedarse o regresar
a otros territorios. Ahora, detenido en su sueño,
duerme, duerme, pequeño príncipe, y espéralos
para jugar con ellos en tus eternas ramas
ya que aquí no pudiste.

RÍO (FORMAS DEL AGUA II)

Vuela sin poder apoyarse en la niebla,
en la mesa de nubes,
en el apartado
rincón de vacío.

Las manos
modelan figuras, modifican
la red de las fibras que guardan
esquinas de luz o de sombra,
firmamentos,
perros callejeros, sonidos del caos,
jadeos del orden.

No le pongan riendas
al sonido adulto. No le pongan
bozal a las bocas que lanzan ruidos,
piedrecillas, oraciones, salmodias. Ecos
desde cuándo, hasta dónde.

Será
lo que nos conozca, lo que nos defina
y empape la lágrima
perdida en el agua de un viejo río
sin fondo, sin cauce, sin nombre
—las llaves del tiempo—
al que nadie ha ido a beber todavía.

POEMAS DISPERSOS

[Tomados de *En el viento, hacia el mar (1959-2002)*, Sevilla,
Fundación José Manuel Lara, colección Vandalia, 2003]

«RECUERDO PERFECTAMENTE ESOS DÍAS...»

Mi infancia son recuerdos de calles de Sevilla,
de quietas barreduelas, de patios muy callados,
de luces que se cruzan con siglos y futuros
donde el tiempo navega sin destino ni pausa.

Mi infancia tiene pájaros muertos sobre una colcha,
albercas de un verdor negro y acristalado,
caracolas que trepan por un muro y regresan
y las toco con dedos que ya no son los mismos.

Llega, por muchas calles, un olor a romero,
y un aire que me abriga como un seno lejano
que recordar no puedo, las sombras de otras casas,
ruidos familiares: los pasos de la muerte.

Ella iba y venía por inviernos perdidos
acodada en las cunas, esperando en los templos.
No comprendo que un día se fuera a alguna parte
dejando su trabajo para algún otro día.

En las casas partidas por el rayo
queda una sombra fresca de velas descorridas
y lo que no recuerdo me hace señas lejanas
hasta que resuciten cuando doble una esquina.

CUADROS DE INTERIOR

Los recuerdos vibran como islas lejanas.
Pentti Saarikoski

I

Hay un mundo, un espacio, no sé si un tiempo, fuera del tiempo, del espacio, tal vez del mundo o dentro de un cuadro que reproduce, tras el vaho del atardecer, una ciudad, una calle, una figura de mujer con traje color de musgo y cabello revuelto y negro.

En ese cuadro, que no sé quién firmó pero recuerda a los de un pintor de membrillos —el que veo es uno que nunca supo que debió pintar—, en ese mundo, en ese espacio de calor, de intimidad, fuera del tiempo, de este tiempo, hay tanta gente... Tantas sillas vacías. Tantos rostros a los que borra la niebla y luego vuelven. Regresan ligeramente otros, como si un dedo hubiera escarbado no sé qué signos en su piel, pero tras ella, tras esa piel cambiante, los reconozco. Sé cómo fueron y así son siempre para mí ya que puedo avanzar hacia el origen de cada rostro sucesivo.

En ese espacio, dentro del cuadro que no está en el tiempo, se oye un silencio que me indica que no debo pensar lo que quiero pensar; que debo dejar en su mundo, que no está en este mundo, lo que no quiere ser pensado ni reducido a la palabra. Por eso ese silencio y yo jugamos a esquivarnos —se escapa si me acerco; se acerca si no miro hacia él— desde hace mucho tiempo. Mucho tiempo, de este tiempo de aquí.

En ese mundo, que no está en el espacio ni en el tiempo sino en una memoria, el paisaje pudo ser diferente. No nos confundamos con el vacío, al menos, no con el negro vacío que nunca tuvo espacio. Tal vez con un pálido vacío que, en una lluvia de estrellas, acuchilla la noche o eso a que llamamos noche. El traje pudo no ser color de musgo, la mujer pudo ser calva como una triste reina, el cuadro pudo soportar la mirada del mundo en el espacio y en el tiempo. Y también el secreto, encarcelado en la palabra. Sólo es inmortal lo que no nace.

II

En el espacio que no está en el tiempo hay una silla tapizada de raso púrpura. La trama diferente del tejido imita rosas y pámpanos. Un burlete de terciopelo, también púrpura, diadema el respaldo y la unión de ambas telas está disimulada por un cordón de seda rojo y oro. Huele la silla a tiempo, pero ahora su vacío es su espacio. No hay nadie sentado en ella, pero lo hubo.

No puedo ver su rostro: su ausencia es un chal dejado de cualquier modo en el asiento, como si hubiera tenido que acudir urgentemente a una llamada pero el tiempo ha borrado la voz: sólo quedan el vacío y las sedas.

¿Dónde están los espacios de lo que ya no es tiempo?

Desde un cuadro contiguo la mira el viejo que conocía los vientos y los llamaba por sus nombres con sólo oír el sonido de las campanas. Ahora, ¿quién habla con los vientos si no quedan campanas?

Qué solos se quedaron los vientos sin nadie que les hable.

III

La mujer del cuadro, calva o con el cabello negro y revuelto, el pintor de membrillos, la silla de raso púrpura y el amigo de los vientos ocupan distintos ámbitos en los espacios de lo que ya no es tiempo. No se conocen —¿no se conocieron?— entre sí sino en un lugar que no fue tiempo ni espacio. Probablemente sus ojos no se encuentran ahora, mas los reúno para levantar pilares de música, de una sola pregunta —¿te gusta Brahms?—, que quizá oyeron, que tal vez formularon algún día, a alguien, en algún tiempo.

Hablando sin sonidos, como se habla en los sueños.

IV

Lleva en sus manos palabras que fueron desatendidas y el vacío le ha ido devolviendo: «¿Te gusta Brahms?» y muchas otras de suavidad, nunca más pronunciadas, ecos ya confusos de un tiempo sin espacio. Ni el musgo ni el brezo, color de lágrimas, son ya los de su traje sino el de la niebla y sus matices cambiantes, o el de la madera viva si hace sol porque las lágrimas ya no le pertenecen. Y es que a su vida han comenzado a llegar los llamados tiempos lejanos mientras llueve silenciosamente en un lugar que no recuerda, aunque fue suyo, y la convoca desde el pasado anterior a su espacio. Y se acoge a esa lluvia que no ve aunque sabe que llora en su lugar. Permanece inmóvil, abrazando las palabras que desatendieron, y que, con algo que se llamaba amor, fue componiendo en relación a sus colores y armonías, en la frontera de un tiempo antiguo que sólo ella conoce y a veces no recuerda: piedra oscura en el lugar de lo posible. Y habla, habla siempre en voz muy baja, con alguien que no está allí.

ÍNDICE

UNA ANTOLOGÍA COMPROMETIDA	5	Mariposa fugaz	65
LO INEFABLE		Cita con una sombra	67
Introducción	9	Metamorfosis	70
MARIPOSA EN CENIZAS		CAMPANAS EN SANSUEÑA	
El encuentro	21	Profundo mar azul	73
Su voz	22	El tiempo me recuerda	77
Cuatro	24	Epitafio para un desconocido	78
El regreso	25	Locos sobre la yerba	80
Mariposa en cenizas	26	España, eres un largo invierno.....	81
Extraña	27	Miro el árbol dormido... ..	83
EXTRAÑA JUVENTUD		Libertad de la luz	84
El acusado	31	VIEJAS VOCES SECRETAS DE LA NOCHE	
Extraña juventud	32	Viejas voces secretas de la noche	89
Querido hermano	33	Tregua	93
Diáspora	34	DEL CAMINO DE HUMO	
El secreto	35	Busco señales en la piedra... ..	97
La trampa	36	Profundo como los ríos	99
SIN MUCHA ESPERANZA		La casa	101
<i>Anánke</i>	39	Orden del sueño	103
La extraña	42	Depósito de objetos perdidos	106
Diálogo	43	Inclusiones en un zafiro violeta	107
Antígona	44	ZONA DESCONOCIDA	
A Edith Piaf	45	Palabras	111
Elegía sobre el tiempo	47	Patio interior II	112
Cumpleaños	50	<i>The ghost and Mrs. Muir</i>	114
POEMAS DE CHERRY LANE		Quisiera comer lotos	115
Noroeste	55	De la mirada interior	117
Rosas del Sur	57	La primera	119
Condenada al silencio	60	Del olor del humo	120
Nada se oye	63	Palabras para cantar alrededor de un templo vacío	121
		Regresa el pálido caballo	123

HABLANDO CON UN HAYA

El agua de los cántaros	127
El hombre que cuida el río Hudson	129
Hablando con un haya	130
Ikebana	132
Nada	133
Ostracas	134
Palabras	135
<i>Pentimento</i>	137
Ventana	138

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de abril de 2017
con motivo de la celebración del
Día Internacional del Libro

ESCRITOS EN LA CORTEZA DE LOS ÁRBOLES

<i>Kairós</i>	141
Lágrima (Formas del agua)	142
Animal miedoso	143
Círculos	144
Pensamiento, forma, sonido	145
¿Qué se oía? (<i>Cero</i>)	146
Álbum	147
<i>Kadish</i>	151
Río (Formas del agua II)	153

POEMAS DISPERSOS

«Recuerdo perfectamente esos días...»	157
Cuadros de interior	158



Cobertura:

f) L Fundación José Manuel Lara